

La Ilustración Nacional

Administración: Almirante, 2, quintup.º

MADRID
30 de Setiembre de 1886.

Año VII.—Núm. 27.

BELLAS ARTES



MALAS NOTICIAS

SUMARIO

GRABADOS: Malas noticias.—Madrid: estanque de la Casa de Campo.—Guerra franco-alemana: combate de Villersexel (copia del cuadro de Neuville).—Los mártires del deber militar: excelentísimo Sr. Brigadier D. Clemente Velarde y Gonzalez.—D. Luis Aristegui y Doz, conde de Mirasol, Coronel de artillería.—Puerto-Rico: el teatro de la Perla.—Estados Unidos del Norte-América: vista de Washington.—Las primeras caricias.

TEXTO: Crónica, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—Bellas Artes: Malas nuevas.—Madrid: la Casa de Campo.—El combate de Villersexel.—Los mártires del deber militar: D. Clemente Velarde y Gonzalez; D. Luis Aristegui y Doz, conde de Mirasol.—Puerto-Rico: teatro de la Perla, en Ponce.—Vista de Washington.—Las primeras caricias.—Las grandes maniobras del duodécimo cuerpo del ejército francés, por D. Arturo Cotarelo.—El mando y la obediencia (continuación), por don Eustasio Gonzalez Liquiñano.—Revista científica, por D. J. G. y R.—Un error de corazón, arreglo del inglés, por D. A. Ordax (continuación).—En la patria del Cid, hojas de mi cartera de viaje: tres días en Búrges, por D. Valentin Picatoste.—Amor y desamor (poesía), por D. Vicente Puerta.—Un crimen, por D. Conrado Solsona.—Espectáculos, por *Cantaclaro*.—Anuncios.—Sobre cubierta, por D. Eduardo de Palacio.—Variedades.—Charadas.—Solución á las anteriores.

CRONICA

La circular dictada por la Capitanía general de este distrito y la aclaración que respecto de dicho documento hizo *La Correspondencia de España*, nos imponen el deber de ser muy parcos al hablar de la última intentona.

Por otra parte, el sentimiento por ella provocado, ha sido unánime.

El grito sedicioso ha sonado más clara y distintamente que nunca, porque nunca ha sido mayor el silencio en derredor del que lo daba.

Al paso de los insurrectos se ha hecho el vacío en las calles y en los ánimos.

En el ejército se había hecho mucho antes.

Porque es de notar que, completamente divorciado el espíritu de la oficialidad de la agitación revolucionaria, ésta ve limitado su campo á las clases más subalternas, y, por tanto, las menos instruidas. Para los que estudian las enfermedades que aquejan á los diferentes organismos sociales, y especialmente al ejército, no ha podido pasar desapercibido este síntoma, que prueba de un modo indudable, no la mejoría, sino el restablecimiento completo de la moralidad y de la disciplina, y señala la última hora de los pronunciamientos militares.

Esto es lo que de un modo claro y patente se desprende de los hechos, después que las primeras autoridades militares, y especialmente los dignísimos ministro de la Guerra y capitán general del distrito, han demostrado cuánto valen en semejantes circunstancias una alta inteligencia y un carácter enérgico y sereno. Sólo así ha podido lograrse que la mayoría de los habitantes de Madrid no tuvieran noticia de lo ocurrido hasta el día siguiente.

Al volver la vista á insurrecciones anteriores, surge de manera inevitable la ventajosa diferencia que hemos señalado, y en el corazón se alza la voz de la esperanza que predice un porvenir cada día más glorioso á nuestros institutos armados.

La ley funciona en estos momentos, y el imponente rumor de la severa máquina detiene la voz en nuestros labios, pero no evita que serena y tranquila satisfacción inunde el pecho del militar subordinado.

No es tan lisonjera la impresión que en nuestro ánimo produce la conducta de las oposiciones en el terreno exclusivamente político.

No parece sino que los partidos de oposición que más necesitan de la tregua, la han pactado con la mano izquierda. Ciertos periódicos no se han dado punto de reposo durante los últimos días en la tarea de suponer aplazamientos de reformas é inventar excisiones en el campo ministerial.

Por lo que hace al Gobierno, la tarea no puede ser más inocente: diríase que no hay inecencia mayor, si no existiera la de los suscritores de los diarios aludidos, que necesitan tomar con el chocolate una ración de pesimismo.

Eso sí, cuando no se puede hacer política pesimista á expensas de los enemigos, se hace á expensas de la gente de la casa; lo importante es que el abonado sepa que las cosas van muy mal; tan mal, que Cánovas y Romero no se reconcilian.

La verdad es que la reconciliación, llamémosla así, debe guardarse para más adelante, cuando pueda producir un gran efecto en un momento dado.

Lo malo sería que el público, que ya ha adivinado este desenlace, ni llorara ni riera.

Lo cual haría llorar á Cánovas y reír á Romero Robledo.

Los geógrafos se habían equivocado con respecto á Italia.

Nos decían que tenía la figura de una bota en actitud de dar un puntapié á Sicilia.

Y quien recibe el puntapié es la Compañía de Jesús.

Es decir, que apuntaba á Sicilia y ha dado á los jesuitas: es un puntapié *florentino*.

Falta saber ahora si la Compañía resistirá el impulso tanto como la antigua Trinacria, porque tratándose de jesuitas todo es posible. Sin embargo, tal es la lozanía y tal la fuerza de ese *pollo* de las naciones europeas, que lo probable es la salida de Italia del Papa Negro.

¡El Papa Negro! ¡El general de los jesuitas!

Hace algún tiempo que bastaba enunciar estos títulos para que al oyente le temblasen las piernas, y se le fuese la cabeza, y chocasen unas con otras, poseídas del mayor espanto, las pesetas que llevase en el bolsillo.

Y hoy... ¡cómo cambian las instituciones! el terrible personaje está en vísperas de cambiar el título de Papa Negro por el de Papa Moscas.

El asunto más grave de los que debaten en la actualidad los madrileños, merece mucha mayor atención de la que le dedicamos unos y otros.

(*Unos* son los que mandan, y *otros* los que obedecen.)

Se trata de cambiar la cara en los casos afortunados, y de entregar la piel en los menos afortunados; que tales son de ordinario los efectos de la virtud, tan recrudescida en estos días.

Cambiar la cara por un panal de pecas, es peor que morir; es vivir detrás de la propia lápida

Es perder lo mejor que tiene cada hombre. Hay quien se queja de su estatura, de su delgadez, de su gordura, de su voz, de su suerte, de todo, menos de su cara.

Todó hombre vive contento con la que tiene: indudablemente, porque le parece mejor que las caras de los demás.

Una fea habla á menudo de su fealdad, aunque sea buscando consuelo; un feo no habla jamás de la suya.

De donde se deduce que el hombre tiene más amor propio que la mujer, ó que desconfía más que ésta de que le consuelen.

Los ingleses se consuelan solos.

Han extendido la mano sobre Egipto, y se disponen á cerrarla.

Ellos son así; amigos de proteger á todo el mundo, sobre todo á los países ricos.

Pero ¡qué suerte tiene el Egipto! También los rusos quieren protegerle, y aquí sería Troya sin la poderosa intervención de Bismarck, de cuyo portentoso talento ha brotado la idea dominadora del conflicto.

Bismarck ha discurrido meterse por dos meses en su casa de campo de Vazzyn.

Y si, como se cree, esto asegura por dos meses la paz en Europa, es de desear que ese caballero no salga de Vazzyn en toda su vida.

¡Ojalá se hubiera metido antes, y no tendríamos que lamentar probablemente los horribles estragos del ciclón que en Cuba ha arrasado comarcas tan fértiles como Ciego de Avila, Júcaro y Morón!

Más de doscientas familias han quedado sin albergue, y sin pan muchas más.

Si á esto se añade el buen aspecto de la remolacha en este año, y la consiguiente baja azucarera, se comprenderá con cuánta justicia reclama la perla de nuestras Antillas el interés que dedicamos á cosas de menos monta.

Por ejemplo, á lo que Márton ha dado á Ruiz Zorrilla, por conducto de un periodista francés. Le ha dado expresiones.

Parece cosa muy sencilla, y sin embargo es chiste digno de que el *Mexican Financier* lo aduzca como prueba en favor del castellano, para que se otorguen á nuestro idioma los honores de lengua universal.

No queremos examinar si saca ventaja á los demás idiomas por su riqueza de voces.

Tampoco queremos averiguar si es más expresivo que los otros.

Y menos aún hemos de fijarnos en que fuera el idioma de la diplomacia en otros tiempos.

Nos basta con una sola razon para conseguir lo que propone el *Mexican Financier*.

Si no es la castellana, ninguna otra lengua llegará jamás á ser universal. Cualquiera que sea la elegida, se hablará en todo el universo ménos en España.

De modo que para ser adoptado el castellano, nos basta con ser perezosos.

Una noticia grave para las señoras: Hay en Italia un hombre que no duerme.

Una noticia más grave para la ciencia: Este hombre es casado.

Una noticia gravísima para los maridos: Este casado que no duerme, está separado de su mujer.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

BELLAS ARTES.—MALAS NUEVAS

Poco hay que decir de este lindo grabado: contrariedades del amor ausente, motivo de honda pena halla la sensible doncella en la carta que tiene entre las manos, mientras la amiga y confidente de sus alegrías y dolores procura calmarla con esas frases que sólo prodiga la verdadera amistad, y que son indudablemente el único, aunque débil, lenitivo en las amarguras del corazón.

MADRID.—LA CASA DE CAMPO

Al Oeste de Madrid, y en la ribera derecha del humilde río de Manzanares, está situada la magnífica posesion que menciona el epígrafe de esta descripción, y que representa nuestro grabado de la pág. 420, tomada desde el estanque grande.

Fué fundada en 1559 por el rey D. Felipe II, quien había mandado algunos años ántes que se formara un espacioso bosque en el terreno más próximo al Real Alcázar.

Al efecto compró la casa de campo de los Vargas, y fué aumentando su territorio sucesivamente para ensanchar los límites de la posesion, llegando á adquirir la extension que hoy tiene durante los reinados de Felipe V, Fernando VI y Carlos III.

En 1748 quedó cerrada con una sólida pared de ladrillo y mampostería. Se halla en su recinto un palacio de regulares proporciones, situado junto á la puerta del Río, una pequeña iglesia en el punto denominado la Torrecilla, caballerizas, casa de labor para los guardas, etc., y está poblada de pintorescos jardines y frondosas arboledas, con fuentes y lagos de cristalinas aguas.

La Casa de Campo es uno de los sitios más concurridos, especialmente en las mañanas de Mayo y Junio donde acude la juventud á beber el agua de hierro y á respirar el puro ambiente de aquellos deliciosos jardines, embalsamado con el aroma de las acacias y de los mirtos.

EL COMBATE DE VILLERSEXEL

Constituye uno de los episodios más gloriosos de la guerra franco-alemana. Los prusianos se habían apoderado del pueblo Villersexel y lo habían cubierto de barricadas. Los franceses atacaron con tal deno, que ántes de terminar el día su triunfo era seguro. Pero los alemanes, desde las casas, resistían con la mayor tenacidad, y los franceses, después de intentar vanamente reducirlos, incendiaron la aldea. Ni un solo alemán se escapó de este combate. Todos fueron prisioneros ó muertos.

Tal es la escena del grabado que reproduce el notable cuadro de Neuville.

LOS MARTIRES DEL DEBER MILITAR

El no pequeño catálogo de los jefes y oficiales de nuestro ejército que en el trascurso de medio siglo han perecido mártires del cumplimiento de sus sagrados deberes, ha venido á aumentarse con dos ilustres y honrados nombres: el brigadier Velarde y el coronel conde de Mirasol.

Ambos fueron criminal é impiamente sacrificados cuando presurosos acudían á la voz del honor, que los llamaba á sus puestos de peligro. Los dos cayeron sucesivamente, con pequeña diferencia de tiempo y de lugar, y ambos se hacen igualmente dignos de modesta apoteosis, en que entran como primer elemento el respeto de las gentes honradas, sin distincion de clases y partidos, y la veneracion de cuantos militares rinden culto ferviente al honor y anatematizan el crimen, sea cuaquiera la forma que pretenda hacerse revestir.

Ejemplo admirable que imitar en esta sociedad ruin y mezquina dejan los dos bravos militares Velarde y Mirasol. Sus afligidas familias habrán de enorgullecerse de haberles contado en su seno tiempo adelante, cuando la reflexion dé alguna tregua al sentimiento; y el ejército en general, emanacion la más pura de la patria, verá en estos dos nombres simbolizadas las más preciadas virtudes del militar, del caballero y del hombre de bien.

LA ILUSTRACION NACIONAL se asocia calurosamente al sentimiento público por estas dos pérdidas lamentables, y envía á las distinguidas familias del brigadier Velarde y del conde de Mirasol la expresion de su pesar profundísimo, invocando para ellas la bendicion del cielo y la resignacion que sólo alcanzan las almas justas.

DON CLEMENTE VELARDE Y GONZALEZ

Procedía del cuerpo de artillería, de cuya Academia salió con el empleo de teniente en 1846.

Hizo con distincion toda la campaña de Cataluña en los años 1848 y 49, formando luego parte, con su batería, del cuerpo expedicionario que á las órdenes del general Córdoba pasó á Italia y ocupó los Estados de la Iglesia.

En 1856 se batió valerosamente en las jornadas de Julio, en esta corte, á las órdenes del general Dulce.

Asistió á toda la campaña de Africa, y se distinguió notablemente en los combates ocurridos durante los meses de Diciembre y Enero, siendo recompensado por su heroico comportamiento en la batalla de los Castillejos, con la cruz de San Fernando. El valor demostrado en la batalla de Tetuan le hizo acreedor al empleo de segundo comandante.

En la insurreccion ocurrida en esta corte el 22 de Junio de 1866 se batió D. Clemente Velarde con su habitual denuedo contra el paisanaje y tropas insurreccionadas, cimentando así la envidiable reputacion que le ha acompañado sin interrupcion hasta la tumba.

Trasladado algunos años después al ministerio de la Guerra, fué nombrado comendador de la orden de Carlos III por los servicios prestados en aquel departamento, y en 1884 pasó á mandar la brigada de la division de artillería, cuyo cargo desempeñaba el día de su trágica y gloriosa muerte.

Era D. Clemente Velarde persona de vasta ilustracion y de muy claras luces naturales. Hombre de corazón, contaba sus amigos por centenares y conseguía con una sola palabra conquistarse simpatias y afectos. Su trato distinguidísimo, sus cortes ademanos, su bondad habitual, que no excluía la firmeza, su marcial continente, todo se reunía en su persona, por rara fortuna, para formar uno de esos caracteres acabados que parecen escasear más cada día. Cuantos tuvieron ocasion de conocerle y tratarle, no calificarán seguramente nuestras aseveraciones de apasionadas.

DON LUIS ARISTEGUI Y DOZ, conde de Mirasol.

Cadete en 1846 y teniente de artillería en 1854, se distinguió de tal modo, en 1856, á las órdenes del

marqués del Duero, que obtuvo la cruz de San Fernando y el empleo de capitán de caballería.

En la campaña de Africa realizó también actos de valor distinguido. Se halló en la accion del 25 de Diciembre y en las batallas los Castillejos y de los llanos de Tetuan, por la que obtuvo el grado de comandante de infantería. Por el combate de 31 de Enero y la toma de Tetuan recibió el empleo de segundo comandante.

En la insurreccion de 23 de Junio fué herido gravemente y se le ascendió por esto á teniente coronel.

Durante la guerra carlista asistió al bloqueo de Pamplona y á las acciones de Villatuerta y San Cristóbal.

Después fué nombrado ayudante de S. M. el Rey, á quien acompañó en su viaje á Alemania, siendo, por último, destinado á mandar el regimiento de artillería acuartelado en los Docks, puesto que desempeñaba muy dignamente cuando ocurrió el tristísimo hecho que todos deploramos.

Puerto-Rico.

TEATRO DE LA PERLA EN PONCE

El grabado que presentamos en la pág. 424 es copia exacta, según fotografía, del precioso teatro de Ponce (Puerto-Rico), denominado *La Perla*.

Fué construido no hace muchos años, con arreglo á las exigencias de la sociedad moderna, y su gran salon central, palco escénico y vastas dependencias ostentan magnífico decorado y las proporciones necesarias.

Ponce es una de las poblaciones más importantes de la isla de Puerto-Rico, y rinde ferviente culto á la civilizacion y al progreso.

Tiene esta poblacion 38.000 habitantes y se halla situada á 129 kilómetros de San Juan de Puerto-Rico.

VISTA DE WASHINGTON

Nuestro grabado de la pág. 425 representa la vista de la moderna capital federal de los Estados Unidos; ciudad que, como dice un célebre viajero, hemos visto surgir en un momento de las ondas del Potomac, como en virtud de la evocacion hecha por la voluntad omnipotente del genio *yankés*.

Las altas torres del magnífico Capitolio, centro del poder de la Gran República, se distinguen perfectamente, así como la masa de este colosal edificio, uno de los mayores que ha construido la mano poderosa del hombre, auxiliada por la ciencia.

LAS PRIMERAS CARICIAS

Es este dibujo notable por el asunto y por la ejecucion, y reproduce el hermoso cuadro del pintor francés Fermin Girard, que en la Exposicion de 1880 obtuvo en París un primer premio.

La firma del autor se cotiza á precio muy alto para que sea preciso realzar aquí el mérito de este trabajo con ampulosas frases. Veán nuestros favoredores y juzguen por sí mismos.

LAS GRANDES MANIOBRAS

del duodécimo cuerpo del ejército francés.

I

En hermosa mañana del mes actual, y después de corta detencion en Contrás y Perigueux, llegó el que estos renglones escribe á la pintoresca villa de Ribérac, cuya poblacion viene á ser de 4.000 almas, estando situada á las orillas del Dronne y conservando todavía una antigua iglesia romana, donde el infeliz criterio de cierto arquitecto puso fin á las anteriores bellezas con fatal restauracion.

Había verdadero regocijo en el pueblo; se esperaba la próxima llegada de las comisiones militares extranjeras que debían presenciar las manio-



MADRID.—ESTANQUE DE LA CASA DE CAMPO



GUERRA FRANCO-ALEMANA.—COMBATE DE VILLERSEXEL (Copia del cuadro de Newville.)

bras del 12.º cuerpo de ejército, situado desde el día anterior en Verteillac y Gouts, y la gente aficionada á las cosas de guerra se preparaba para marchar donde pudiera ver mejor los diversos movimientos de las tropas.

Llegaron efectivamente aquellas comisiones á las siete de la mañana del día 12, almorzaron y comieron en el *Hotel de France*, y al amanecer del 13, cuando apenas se había disipado la bruma en aquel valle, hermoso, pero húmedo en demasía, nos lanzamos todos por el camino de Salles y Montmoreau, para presenciar el avance en una sola columna de todas las fuerzas maniobreras.

Nos parece oportuno, ántes de narrar las operaciones practicadas por el cuerpo de ejército de Limoges, decir cuál era su composición y organización.

Manda estas tropas el general Japy, teniendo por jefe de Estado Mayor al general Le Guern, y desempeñando los cargos de comandantes generales de artillería é ingenieros el general Mercier y coronel Sourian.

La masa total se había organizado en la forma siguiente:

Division núm. 23 de infantería.

Jefe superior, el general Lanty.

Jefe de Estado Mayor, teniente coronel Latraille.

Primera brigada.—General Desandré, mandando los regimientos de línea números 63 y 78.

Segunda brigada.—General Des Moncets, con los regimientos 107 y 138.

Cuatro baterías montadas del 21 de artillería.

Una compañía del 12.º batallón de ingenieros.

Ambulancias, etc.

Division núm. 24 de infantería.

Jefe superior, el general Lebelin de Dronne.

Jefe de Estado Mayor, el teniente coronel Allard.

Primera brigada.—General Maurand, mandando el 50 y el 180 de línea.

Segunda brigada.—General Bonne, con los regimientos 14 y 80.

Cuatro baterías montadas del 21 de artillería.

Segunda compañía del 12.º batallón de ingenieros.

Ambulancias, etc.

Brigada de caballería.—General Ducheyron, mandando el 20 de dragones y el 17 de cazadores á caballo.

La artillería del cuerpo de ejército estaba compuesta de dos baterías montadas y una á caballo del regimiento núm. 34, á las órdenes del coronel Saget.

Figuraba también entre las tropas el depósito del batallón núm. 23 de cazadores á pie y otra compañía de reserva del batallón de ingenieros.

Las compañías de infantería presentaban, por término medio, un efectivo de 150 hombres; los escuadrones 100 caballos, y las baterías eran de cuatro piezas; por lo que puede apreciarse que el cuerpo de ejército constaría al total de 20.000 soldados.

Para nosotros, los españoles, no debe considerarse como accidentado el terreno donde tuvieron lugar las maniobras, pues aquí lo duro, lo verdaderamente agreste de la naturaleza, parece que cede el puesto á los adelantos de la civilización, á los progresos de la agricultura, al aprovechamiento continuo de los cursos fluviales. Desde el valle de Dronne al del Charente, en donde concluyeron las evoluciones de combate, sólo se encuentran algunos bosques más ó menos espesos, alturas de fácil escalamiento, huertas y plantíos que no dificultan gran cosa la marcha.

Además, las carreteras y caminos vecinales suelen encontrarse por lo regular en perfecto estado de conservación, de manera que la marcha de las tropas se lleva á cabo con cierta holgura, de la cual nos encontramos exhaustos en nuestro país.

Respecto á la tropa, nos cumple decir que el personal es excelente, con hábitos de disciplina, muy cuidadoso del armamento, pero teniendo un vestuario algo inferior en calidad al del soldado español y con hechuras ménos elegantes. La artillería parece guardar mayor esmero en la confección de prendas, y también los batallones de ingenieros.

Dejamos dicho que el cuerpo de ejército se encontraba acantonado el día 12 en Gouts y Verteillac; el 13, muy de mañana, moviéronse ambas divisiones para confluír á una misma hora en Savignac, punto situado á distancia casi igual de los mismos cantones, constituyendo luégo una columna única.

La hipótesis era la siguiente: ocupaba un cuerpo de ejército á Jarnac, y el 12.º francés recibía orden de salir á su encuentro, avanzando por Salles, Saint-Amand, Montmoreau. Flanqueó la marcha hasta el valle del Herce la brigada de caballería, y el movimiento resultó con la posible exactitud, sin tener que esperar mucho en Savignac, punto donde nos situamos por la mañana, las diversas columnas.

A las tres de la tarde, estando en Salles, nos sorprendió agradablemente el 59 de línea con un magnífico desfile al entrar en su acantonamiento del día; el coronel del cuerpo fué felicitado con justicia, y la gente aplaudía sin cesar.

Seguimos luégo por Montmoreau, donde ya estaba aparcada la artillería, y por Saint-Léger, en cuyo punto vivaqueaban dos escuadrones del 20 de dragones, y rendidos de fatiga llegamos á Blanzac, recuperando algún tanto en mal hotel las fuerzas perdidas y preparándonos para la jornada del siguiente día.

ARTURO COTARELO.

CABILDEOS POLITICOS

Expansion de un candidato inverosímil con un reporter.

SONETO

En la política, más fácil es entretener y admirar con lo absurdo, que con las ideas justas.
(LAS CASAS.)

Ven acá, buen Marcial: tú, que alentado
Trinas por escribir, y eres tan listo,
No digas en la prensa que me has visto,
Ni que en mi propia casa me has hablado.

Sepan el senador y el diputado
Que mi arribo al poder está previsto;
Pero que yo, prudente, me resisto
Como buen servidor y hombre de Estado...

Nada de esto es verdad, pero no importa:
El que rueda la bola me conviene...
Pues mi suerte en *bullir* nunca fué corta,
Y á este principio mi valor se atiende.
Todo lo absurdo que la intriga aborta,
A ese mundo político entretiene.

J. GUILLEN BUZARÁN

Madrid 23 Agosto 1886.

EL MANDO Y LA OBEDIENCIA

(Continuacion.)

«Subordinando la voluntad á la de su jefe, el inferior tendrá siempre presente que en ninguna ocasion podrá exigir de aquellos á quienes manda, más obediencia de la que él tenga para con los que le obedecen.»

Este concepto debiera esculpirse en la mente de los indomables, porque es muy frecuente observar que los que peor obedecen, son, hasta tocar en la intolerancia, los más exigentes en el mando; circunstancia esa que es preciso no confundir con las cualidades de rectitud y firmeza. «La experiencia prueba que el que obedece mal, manda todavía peor; cosa muy lógica, puesto que faltan dos de las cualidades indispensables al jefe: el tacto y el sentimiento del deber.»

Para que exista la bondad de la institucion, para que la obediencia sea perfecta, es necesario que al cumplir las órdenes recibidas nos inspiremos en el ánimo del que las dicta, y sean ó no de nuestro agrado el asunto y su giro, parézcamos ó no acertada la medida, coadyuvemos á su completo desarrollo de todas las maneras posibles dentro de nuestras atribuciones.

Es muy frecuente ver tratado con indiferencia, cuando no contrariado, todo lo que no parece bien á quien tiene aquel deber y la misión de sostenerlo, ampararlo y fomentarlo; y de esta manera no es posible que el más perfecto de los métodos dé buenos resultados, y por eso también arrastra vida monótona y alcanza acaso muerte prematura, más de una creación.

«Es un gran error, que parece extenderse cada día, el creer que se prueba independencia de carácter y superioridad de inteligencia discutiendo constantemente las órdenes recibidas ó ejecutándolas con las restricciones que se puedan introducir sin exponerse abiertamente á un castigo.

»Obrando así, se prueba únicamente que no se tiene conciencia de los deberes, y que hay falta de una de las cualidades esenciales en el oficial.»

Si tales censuras merece y semejantes resultados produce el no cumplir una orden debidamente, con facilidad se comprenderá lo que lleva consigo el no cumplimiento, ni bueno ni malo. Y sin embargo, se dan casos, no sólo de que suceda, sino de que nadie pare mientes en ello en el trascurso de algunos años.

En evitación de todo lo acabado de apuntar, preceptuó nuestra Ordenanza que debe celarse el cumplimiento de las órdenes que se dieren por los respectivos superiores, y ni categorías, ni reputaciones, ni consideracion alguna debiera respetarse para la vigilancia en grandes y pequeños detalles de esos extremos, porque el descuido del más alto se propaga hasta el más bajo, y así sucede el completo abandono y la pérdida de una iniciativa que, áun equivocada, es siempre productiva.

MANDO

Hemos dicho, al empezar la obediencia, que nada es más fácil que su práctica en cuanto el inferior tenga confianza en el superior. Debemos, pues, empezar ahora diciendo en qué consiste esa confianza. Para ello, busquemos la autoridad que nos falta en el coronel Jolly, que dice: «Tengamos siempre presente que la confianza del subordinado, base primera de la disciplina, repara únicamente en las capacidades del jefe, reunidas en estas cuatro palabras: inteligencia, saber, experiencia y cualidades personales.»

La experiencia se logra pensando mientras se vive el saber con estudio meditado y constante; pero la inteligencia y las cualidades personales sólo á unos pocos es dable el modificarlas convenientemente, y por esto no todos sirven para mandar.

«Hay hombres hechos para mandar, dice Mirabeau, y otros para obedecer.

»Tal hombre nació general; aquel otro, cabo: es necesario que el destino de los dos se cumpla. Ley que la conciencia de uno y otro será la primera en establecer.»

Efectivamente, puede darse un individuo de buenas condiciones para la obediencia, y que carezca de las de mando; los cuales sólo debieran pasar de cabos ó salir de oficiales cuando un gran número de años de servicio les hubiera dado una práctica cuyas enseñanzas compensaran la falta de condiciones.

Aquí — permítasenos la digresion — se presenta otro argumento en favor del ascenso por eleccion. ¿Es razonable que quien tenga perfectas dotes para el mando siga eternamente detrás del que, honrado y cumplidor, aunque falto de ciertas capacidades, no puede ser postergado? ¿Por qué razon ha de sacrificarse la conveniencia para la patria y para el mismo ejército, de que cuantos lleguen á los primeros puestos de la jerarquía, en los cuales

han de manejar nuestra existencia y nuestro porvenir, como el de la patria, sean los cien veces probados en poseer una feliz reunion de cualidades y condiciones?

Hemos de repetirlo. Aceptaríamos de igual modo la antigüedad ó la eleccion, siempre que, dando á la palabra *defecto* su recto y conveniente sentido, se postergue por falta de conducta, de amor al oficio, de instruccion, de aptitud, etc., etc. ¿Hay posibilidad de apreciar hasta qué grado de capacidad se necesita para un ascenso determinado? Y si la hubiera, ¿qué diría hoy aquél á quien se hiciese semejante notificacion? Ya protestaría de que se le infería una ofensa; ya alegraría que no podía ser así en cuanto se le había hecho oficial.

Pero ¿á qué proseguir? La única argumentacion no desprovista de fundamento, desgraciadamente, que se hace en pro del sistema de antigüedad, consiste en el riesgo de que la eleccion sea un portillo para el favoritismo. Pues hágase de modo que resulte impracticable, y está resuelta la cuestion.

Mas volvamos á nuestro propósito.

Dice M. Frémont: «El oficial (léase quien manda), debe evitar los arranques de carácter en los que el hombre se muestra y desaparece el jefe.»

Con muy variadas formas pueden presentarse genialidades: en uno, permitiéndose conceptos que rebasan sus derechos y que se disculpan fácilmente con la bilis; y en otro, por el contrario, usando un lenguaje festivo, con el que, chanzoneta á chanzoneta, se va labrando un mal camino. Ambas fases, como algunas otras que pudiéramos señalar, marcan fatales resultados por si solos, y cuando á ellas se reunen faltas de prevision ó de sus consonantes, suceden especies completamente inverosímiles, y en tal concepto las omitiremos.

Castigado por las leyes y condenado por la civilizacion, no hay para qué ocuparnos del sistema del palo; pero en el uso no está desterrado, ni podrá estarlo, porque á causa de razones que no lo son, nada hay más provechoso ni de resultados más inmediatos que un *estacazo* ó un *mojicon*, sobre todo si se da en sitio en que suene mucho. Pero entre esto y cebarse en un hombre á quien no es dado defenderse, y sobre todo hasta la indignidad de poner la mano en el rostro—lugar de la vergüenza de toda criatura—hay enorme distancia, y no acertamos á medir en cuánto podrá estimarse á si mismo quien tal haga. No nos detengamos, porque no queremos describir fieras ni trazar caricaturas en las que todavía, en épocas no lejanas, hacian bajar los pantalones á sus soldados para que recibiesen azotes.

«Preservémonos de la grosería, de la brutalidad, de la extravagancia, de la irreflexion, y, en general, de todo exceso, de toda infraccion de las leyes, de la sana moral y de las buenas compañías.»

De ningun modo el que manda puede, ni debe, ni le conviene prescindir de las prescripciones del buen modo para sus subordinados, ni de las reglas de la más exquisita educacion, tratándose de oficiales. Sin embargo, hay quien no ve las ventajas que proporciona el levantarse del asiento, por ejemplo, para recibir á un oficial inferior á él, y no lo hace ni quiere despedirle cortésmente. De esta manera, el oficial se siente rebajado, y cuando forzosamente se acostumbra á ello, ha perdido de su dignidad, no siendo raro que, una vez en la pendiente, resulte precipitado. Además, más tarde, copiando los originales que se le han presentado, incurre del modo más natural en los mismos defectos.

Hemos marcado una separacion entre el subordinado en general y el oficial, que creemos conviene explicar. Entre las clases de tropa se encuentran personas de todas condiciones; mas la generalidad, procedentes de familias en que las costumbres son más naturales, distintas de las que constituyen lo que se entiende por esmerada educacion, desconocen éstas, por lo mismo que no se enseñan dentro de la milicia, en la que no hacen sino recoger lo que deja el roce, y más ó ménos, segun el modo de ser de cada uno.

En tales condiciones no se les puede pedir más

de lo que exige el respeto al superior, y no es menester, por lógica reciprocidad, darles más que la consideracion al inferior y al prójimo.

Tales la diferencia que hemos hecho, que no es otra cosa sino la expresion de la considerable distancia que media entre el más alto empleo de la clase de tropa y el más bajo de la de oficial.

(Concluirá.)

EUSFASIO GONZALEZ LIQUIÑANO.

REVISTA CIENTIFICA

Se ha presentado recientemente á la Academia de Ciencias de París un higrómetro inventado por M. A. Nodon, de condiciones especiales y susceptible de prestar importantes servicios. El único instrumento de empleo general hasta el día para pronosticar el tiempo, ha sido el barómetro, cuyas indicaciones, no siempre exactas, inducen á error si se funda en ellas absoluta confianza, sometidas como están las variaciones de peso de la columna atmosférica á causas múltiples, no todas en relacion con las probabilidades de lluvia y de buen tiempo, al contrario de lo que sucede á las variaciones del estado higrométrico del aire relacionadas más íntimamente con la lluvia y sequedad. Si el higrómetro no ha sido hasta aquí consultado como el barómetro para la prevision del tiempo, ha sido indudablemente debido á la circunstancia de no ser bastante sensible para que fuese rápida la influencia de aquellas variaciones y bastante sencillo el instrumento para estar al alcance de todos. La invencion de M. Nodon parece llenar este vacío; su aparato está formado por una cinta de papel Bristol, cubierta en uno de sus lados por una capa de gelatina, preparada de modo que resista á la putrefaccion. La gelatina, que es una sustancia puramente higrométrica, se dilata bajo la accion de la humedad, y se contrae á la accion de la sequedad; la dilatacion es proporcional á la cantidad de agua absorbida, y como el papel no experimenta alteracion alguna por la humedad, ni por la variacion de temperatura sufre la menor dilatacion, resulta que las indicaciones del aparato han de ser siempre exactas. La cinta, arrollada en hélice, tiene uno de sus extremos fijo, y el otro está unido á una aguja móvil en un cuadrante; el aparato está además dotado de un registrador que marca todas las variaciones en una hoja de papel que se desarrolla por un movimiento de relojería. El aparato, encerrado en una caja metálica agujereada, presenta al exterior la apariciencia de un barómetro aneróide.

M. P. Seubel describe en la *Centralblatt für Elektrotechnik* una aplicacion que hizo del micrófono en 1878. Se trataba de precisar el punto donde se hallaba un escape considerable de agua en una conduccion de cinco kilómetros de longitud; la tubería estaba enterrada á dos metros de profundidad en un terreno arenisco, circunstancia que favorecía la filtración del agua, sin percibirse en la superficie. Para descubrir y remediar el escape, hubiera sido preciso ir desenterrando la tubería sucesivamente, y paso á paso; á fin de evitar tan engorroso trabajo, ocurrió á M. Seubel la idea de recurrir al micrófono, con la esperanza de que por su medio podría notarse el ruido ocasionado por la salida del agua en el punto de avería del tubo. Cerrado éste y puesto en presion, ninguna corriente se realizaría sin este escape, y en consecuencia, si algun ruido se percibía, había de ser por encima de la parte dañada. El aparato que empleó fué una combiacion micro telefónica ordinaria; una caja de madera abierta por abajo, y su cara superior cerrada por una lámina delgada de madera; las barritas de grafito se apoyaban en las pequeñas cavidades de una placa de carbon, y se sostenian en una lámina de latón. El mecanismo de la operacion se redujo á enterrar la caja hácia la parte media de la tubería, notándose un ruido distinto en el teléfono, que disminuía al alejarse el micrófono en un sentido á lo

largo del conducto; al avanzar en el sentido opuesto, de 50 en 50 metros, continuaba percibiéndose el mismo ruido, cesando de repente cuando se hubo traspasado la parte dañada. De este modo pudo determinarse, con una aproximacion de 10 metros, el sitio preciso del escape, lo que se comprobó con exactitud cuando se puso al descubierto el tubo.

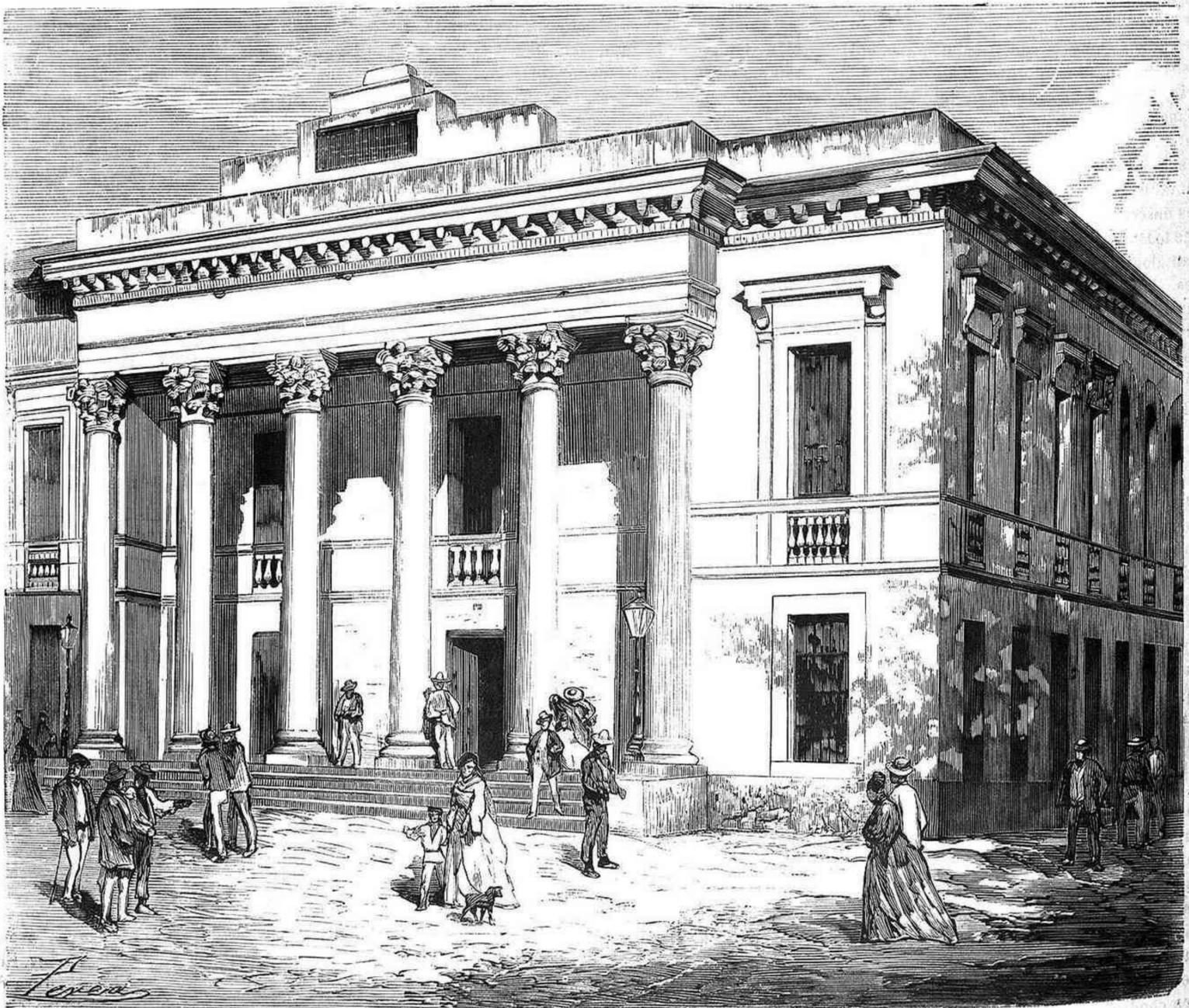
Una aplicacion del transporte de fuerza acaba de ser hecha por la Compañía Phœnis en sus minas de oro sobre el rio Skipper, cerca de Otago, en Nueva Zelanda. La explotacion de sus minas se encontraba seriamente comprometida á consecuencia de la falta de fuerza motriz á su inmediacion, pues la única de que se podía disponer, la del rio, no alcanzaba, ni en la mejor época del año, para el trabajo que había de ejecutarse. Se estudiaron varios medios para utilizar otro brazo del Skipper, situado á cuatro kilómetros de las minas; pero fueron abandonados ante las ventajas que parecía proporcionar el trasportar la fuerza por la electricidad; meditado bien el estudio, se procedió á las instalaciones precisas, eligiéndose como generadores dos máquinas Brush, y disponiéndose el hilo de línea, de cobre, sobre postes, de igual manera que las líneas telegráficas. El éxito de esta instalacion será de gran importancia para las minas de oro de Nueva Zelanda, que en gran número se ven contenidas en su explotacion por la falta de fuerza motriz.

Han tenido éxito las experiencias de traccion eléctrica hechas en Bruselas, en el trayecto de la gran línea de tranvías desde los Deux-Ponts hasta la estacion del Mediodía. Tratábase de experimentar un carruaje construido á propósito para este modo de locomocion, y destinado á prestar servicio en París entre el Palacio de la Industria y la Plaza de la Concordia durante la Exposicion de Artes industriales. El sistema empleado es muy sencillo; el movimiento de una máquina dinamo-eléctrica, que tiene 300 kilogramos de peso, y que está colocada bajo la caja del carruaje, se trasmite al eje motor, y la máquina se provee de electricidad por medio de acumuladores situados debajo de las banquetas, y cuyo reemplazo se verifica una vez al día. Las detenciones se hacen con gran facilidad y sin sacudidas. Rige el vehículo una manivela colocada en la plataforma y sujeta á la accion del conductor, que puede acelerar la marcha ó detenerla en algunos segundos, segun desee; el alumbrado del coche en construccion habrá de efectuarse tambien por la electricidad.

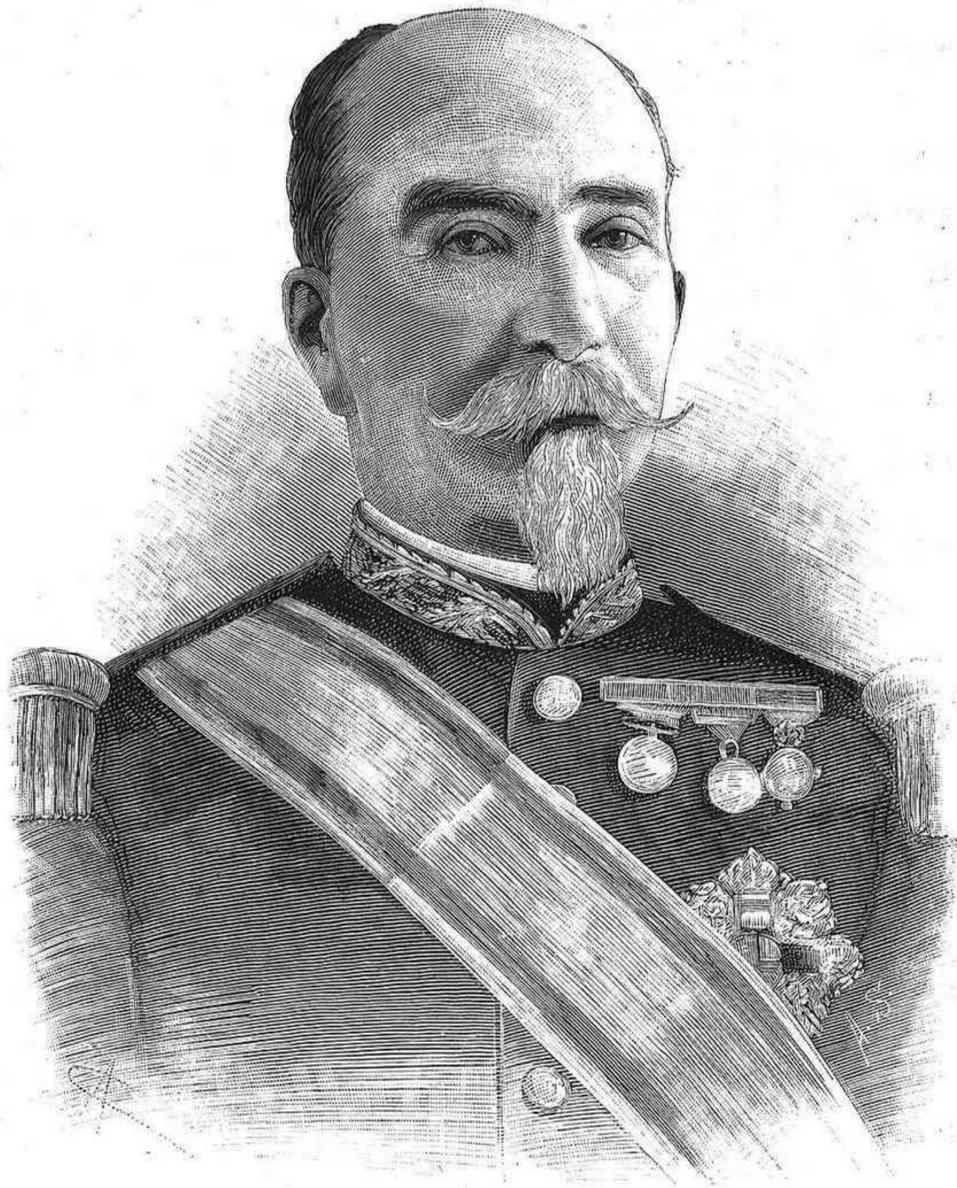
En un folleto escrito por el industrial de París M. Yon, constructor de globos aerostáticos, propone para la próxima Exposicion de 1879 la construccion de un globo de 48 metros de diámetro, y de capacidad aproximada de 60.000 metros cúbicos; el globo habrá de ser semejante, pero mucho mayor que el que hacia ascensiones en la Exposicion de 1878, cuyo diámetro era de 36 metros, y su capacidad menor de 25.000 metros cúbicos. M. Yon describe varias mejoras y modificaciones que considera convenientes para facilitar el uso de los aparatos y garantizar la seguridad del globo, así como para evitar los cabeceos; despues de calcular el peso del globo y los esfuerzos á que tendrán que resistir la envuelta, los hilos y el cable, pasa á hacer un balance de gastos é ingresos. El globo propuesto habrá de ascender á 1.000 metros, con 100 personas en su barquilla, que pagarán 20 francos cada una; además de estas ascensiones hará tambien otras á 500 metros, en las que llevará 160 personas, á 5 francos cada una. En 150 días que maniobrará el globo, calcula en 3 millones la ganancia, mientras que el gasto será de un millon, quedando aún de beneficio el globo y demás material, que podrán ser utilizados en las siguientes Exposiciones. El globo Giffard, en 1878, sólo se elevaba á la altura de 500 metros; en la barquilla tenían colocacion 40 personas nada



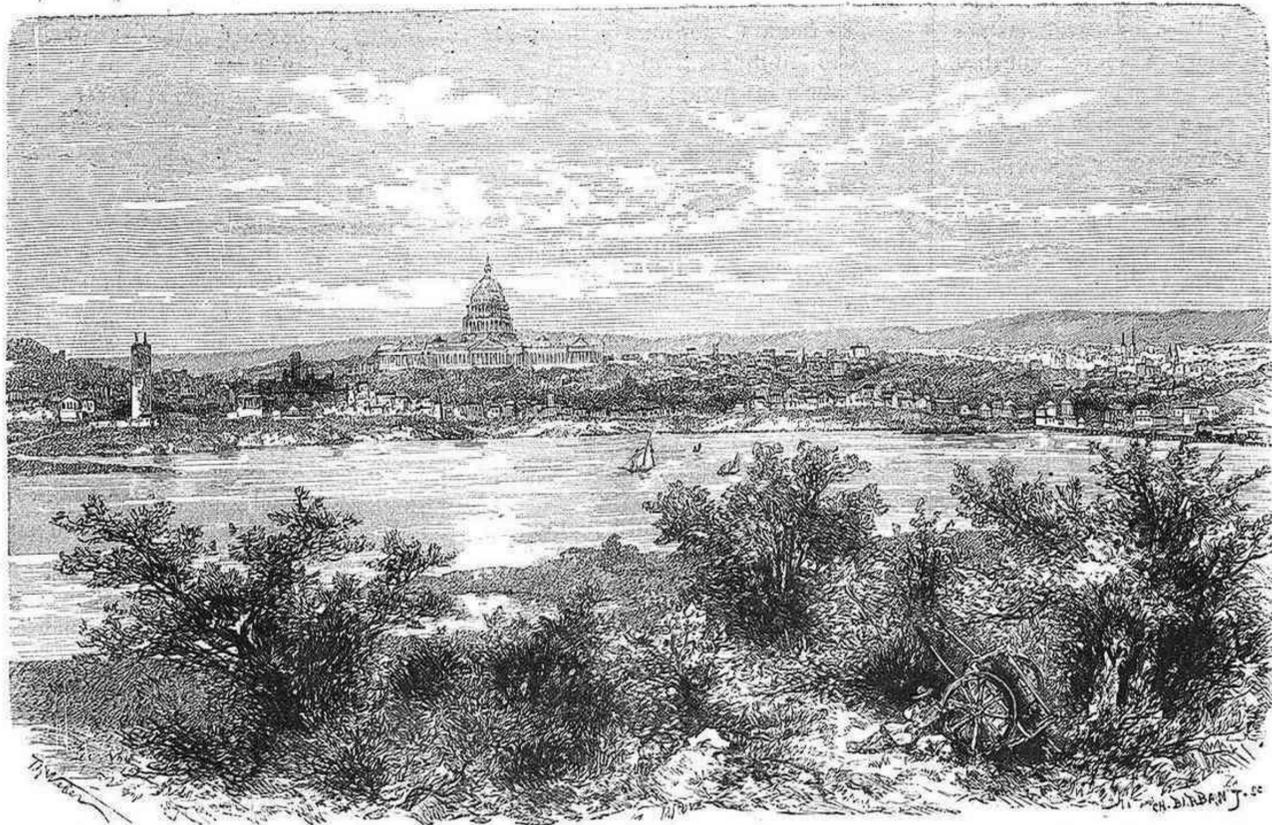
D. LUIS ARISTEGUI Y DOZ, CONDE DE MIRASOL, CORONEL DE ARTILLERÍA † EN ESTA CORTE EL 19 DEL ACTUAL



PONCE (PUERTO-RICO).—EL TEATRO DE LA PERLA



EXCMO. SR. BRIGADIER D. CLEMENTE VELARDE Y GONZALEZ, † EN ESTA CORTE EL 19 DEL ACTUAL



ESTADOS-UNIDOS DEL NORTE AMÉRICA — VISTA DE WASHINGTON

más, que pagaba cada una 20 francos; funcionó cien días solamente, y sin embargo produjo un millón de francos, por un coste de 700.000.

J. G. y R.

Que me idolatras con el alma entera
y no podrías sin mi amor vivir;
que en tus ensueños de placer me llamas,
y deliras por mí;
que pasas los momentos de tu vida
llorando en espantosa soledad;
que vives al calor de mis recuerdos,
que no me olvidarás;
que tan lejos de mí, no existe nada
que halague tu afligido corazón;
que prefieres la muerte á no ser mía...
¡Así te soñé yo!

JOSÉ DIAZ MACÍAS.

Badajoz.

UN ERROR DE CORAZON

arreglo del inglés, por A. Ordax.

(Continuacion.)

Esta pregunta era muy imprudente por parte de la señorita Mer. En primer lugar, se la permitía rara vez designar los huéspedes de Mer Park, y una proposición semejante debía ser deliberada por su madre antes de formularse en la presencia de Luis.

—Me parece dijo éste, que estaría muy bien hecho eso.

La madre sacudió la cabeza, y dijo:

—Tendría mucho gusto en saber lo que dice esa joven respecto de su desgraciada intimidad, antes de tomarla bajo mi protección.

Pero Luis se retiró con su carta, y al cabo de dos horas escribió al notario.

Sabía que hubiera debido escribir él mismo; pero si no trataba la cuestión Asker, esta omisión equivaldría á olvidar el pasado, perdiendo así el pretexto que meditaba para su ruptura.

Y se dirá: ¡qué miserable! Pues sin embargo, aunque de naturaleza fría y poco generosa, Luis no procuraba obtener nunca más que lo que le correspondía por estricta justicia. Pero los covelistas nos han habituado de tal manera á pintar nuestros amigos sin la menor arruga, que separamos la vista con el disgusto de un retrato cuando los efectos del original son también reproducidos.

Antes de comer, Luis dió al fin á su madre la carta. Esta la leyó indignada.

—Tu matrimonio es imposible, dijo.

—Yo creo que debemos esperar otra prueba.

—¿Cuál?

—Invitarla á venir. Si ella no viene aquí, tendré yo que ir á visitarla.

La señora Mer comprendía demasiado el peligro de dejar ir su hijo á Rubes, y escribió á Clara. La carta no contenía más que estrictamente la invitación de pasar una temporada en Mer-Park.

IX

Belton se hallaba almorzando con su hermana, cuando recibió un parte telegráfico.

—¡Oh, María! exclamó.

—¿Qué es eso, Jaime?

—¡El Sr. Fir ha muerto!

María le cogió el telegrama de las manos como si necesitase leer la noticia para creerla.

—¡Qué muerte tan repentina!

—Cuando yo le dejé, no estaba muy bueno, es verdad, pero hubiera podido vivir aún así diez años. ¡Pobre viejo!

—¿Y qué va á ser de ella?

—Muy sencillo. ¿No podría venir aquí? Tú eres su más próximo pariente.

María le miraba con sus tristes y grandes ojos, y él comprendió en seguida que ella no aprobaba su proyecto.

—Yo me iría, continuó, y ella no tendría así la contrariedad de verme. Pero, añadió tristemente, lo más probable es que vaya á Mer-Park.

—Dime, María, ¿la dejaremos la casa?

—¿Rubes?

—Sí. ¿Tienes tú acaso deseo de vivir allí?

—No; pero tú eres Belton de Rubes, y debes continuar siéndolo.

—Preferiría ser Belton con una sola pulgada de terreno en el mundo, pero con Clara á mi lado. Me consideraría entonces mucho más rico.

Salió, y al cabo de un rato volvió diciendo:

—Hoy no salgo á cazar.

—Lo suponía.

—Voy á Rubes.

María hubiera deseado hacerle olvidar á Clara. Pero no se decidió á contrariarle, y se limitó á decir:

—¿Lo has pensado bien?

—Sí. La he prometido ser su hermano, y lo seré.

Subió corriendo á su cuarto, pidió la maleta, y veinte minutos después reapareció en traje de camino, con su manta al brazo.

—¿Marchas, pues, hoy mismo?

—Tengo que alcanzar el tren de las once. ¿De qué sirve ir si no ha de ser en seguida? Tal vez no tenga á nadie á su lado.

—Estará Mer.

—Si ese hombre está allí, me volveré.

—¡Por Dios, no te incomodes con él!

—¿Qué motivo habría para este? No he perdido el juicio hasta el extremo de provocar á un hombre sólo porque le odie.

—Veo que es inútil procurar disuadirte.

Bolton abrazó á su hermana, y algunos minutos después salía de Hall. Su caballo, simpatizando con la impaciencia de su dueño, ganó pronto el camino al trote largo. Tenía que pasar antes por Londres. Visitó en seguida á su notario.

—Esperaba verle, dijo éste, aunque no tan pronto.

—Hubiera debido estar aquí hace veinte horas; pero he recibido la noticia con retraso.

—¿Comerá V. conmigo esta noche?

—No; pienso marchar en el tren correo.

—Siempre está V. de prisas. ¿No puede V. siquiera tomar posesión de Rubes antes del e. tierro?

—¿Me toma V. por un ave de presa?

—Pero entonces, ¿á qué va V.?

—A ver á mi prima. Tal vez se halle sola.

—Probablemente.

—¿No ha ido él allá?

—¿Quién? ¿Mer? No tiene prisa nunca. Aquí tengo su carta. Me encarga envíe á la señorita Fir los intereses del legado de su tía, dos mil francos.

—¡Dos mil francos! ¿Y está V. seguro de que él no ha ido allí?

—No conocía al Sr. Fir; no hay, pues, razón para que haya asistido á los funerales.

—Ninguna, en efecto, como no sea la de que siempre ha de hallarse donde menos necesidad se tenga de él. ¡Que el diablo lo lleve!

—¡Así sea!

Belton miró de pronto fijamente al notario, y dijo:

—He resuelto dejar Rubes á mi prima; pero deseo que arregle V. las cosas de manera que él no pueda tocar á estos bienes. En esto puede V. ayudarme.

—Mi querido Belton, yo no le ayudaré nunca á cometer locuras.

Belton tenía las terrazas y atizaba la lumbre en silencio. De repente se levantó.

—No puedo esperar, dijo, que me comprenda usted tan pronto. Porque una joven no se quiera casar conmigo y prefiera á otro que me es antipático, no será, me parece, por lo que yo pretenda abandonar esa finca. Es sólo porque tengo la convicción de que Rubes no debe pertenecerme. Adios.

X

La Asker pasó á ver á Clara tan pronto como supo su desgracia, pero no volvió, y la escribió diciendo que no quería ser la causa de su ruptura con Mer.

El primer movimiento de Clara fué el de correr á la casa de Asker; pero se detuvo porque, aunque no estaba segura de que su matrimonio la proporcionaría grandes facilidades, tampoco había llegado á desear impedirlo.

Una mañana el cartero la trajo una carta del notario y una noticia. La carta contenía una letra, que devolvió en el acto: la noticia era la llegada de Belton. ¡Mer no venía y la enviaba dos mil francos! Los dos procedían exactamente como debía esperarse de su respectivo carácter. Clara no se preguntó siquiera cómo había podido amar al ménos digno, porque sabía demasiado que tal era su fatalidad. Pero de repente se levantó de su silla, como recordándose un deber, y fué á dar órdenes para el almuerzo de Belton.

Desde la muerte de su padre no había habido ningún orden en las comidas. ¿Quién no ha experimentado esta ociosidad terrible á la mañana siguiente de una pérdida irreparable? Cuando nuestros cuidados dejan de ser necesarios á aquel ser sobre quien se han concentrado nuestros pensamientos, nos parece que ya no tiene objeto ninguno nuestra actividad, y caemos en la inercia.

Llegó Belton y se instaló en la fonda.

El día de los funerales acompañó á la casa á su prima, y ésta le entregó una carta de la Mer.

«No podrá V. dejar de comprender, señorita, que en la triste y particular situación en que se halla, mi casa es la única que puede proporcionar á usted un asilo.»

—¿Y por qué no el hospital? dijo en voz alta Clara.

Belton calló.

—Dígame, ¿qué debo hacer? preguntó Clara.

—Si va V. á casarse con Mer, aceptar.

—Pero es que no quiero someterme á la tiranía de su madre.

—Cátese inmediatamente con Mer, y no tendrá usted que soportar más que la suya.

—¡Oh, Belton! Si tuviera V. una verdadera hermana en mi posición, no le diría V. nada que pudiera agravarla.

Belton recordó que su prima estaba sola en el mundo.

—¡Perdon, Clara, dijo; es preciso que yo sea muy bárbaro para disgustarla en un día como éste! En su lugar, yo aceptaría la invitación y reconocería con cuidado el terreno. Tal es la opinión que yo daría á mi propia hermana.

—Y yo la seguiría, si no fuese de V.

—En cuanto á un asilo, diga V. á la señora Mer que esta casa es de V.

No la dió tiempo á contestar, porque salió precipitadamente de la habitación, atravesó el vestíbulo y se dirigió á la casa Asker. Sentía necesidad de hablar un poco antes de meterse en el solitario cuarto de la fonda, y deseaba ver al coronel, á quien venía tratando hacía unos días. No estaba en casa; pero la Asker comenzó por pedirle noticias de Clara, y él la participó la invitación que acababa de recibir de los Mer.

—Me parece ocioso decir á V., balbuceó aquélla sin levantar la vista, que su prima sería muy bien venida á nuestra casa...

—Es inútil ocuparnos de eso, puesto que ha de ir á Mer Park.

—Pero ¿consentirá V. que se case con un hombre á quien no ama, porque un momento haya creído amarle? Pues esta es la verdad del caso, Sr. Belton. Si va á Mer-Park, se casará y será desgraciada para siempre, mientras que si la deja V. venir aquí algunos días, todo podrá arreglarse; y ella vendría si usted se lo aconsejase.

Belton eludió una respuesta á esta proposición: pero al aproximarse á la fonda, bajo una fría lluvia de Febrero, la meditó profundamente. Comprendía demasiado que una visita de Clara á los Asker ofen-

dería mortalmente á los Mer, y todo el día permaneció en su habitación tratando de conciliar sus deseos y su hombría de bien.

Al día siguiente, al ir á ver á su prima, dijo:

—Si ama aún á ese hombre, irá á Mer Park á pesar de mis consejos, y si no le ama, la habré salvado.

—Ha hecho V. muy mal en no venir ayer, dijo Clara así que le vió entrar.

—Llovía mucho.

—Los hombres como V. se cuidan poco de la lluvia cuando tienen que salir para sus negocios ó distracciones.

—No sea V. tan severa. ¿Ha contestado V. á la señora Mer?

—Sí, pero no he querido mandar la carta sin que la lea V. ántes. No creo que haya nada más cortés y ménos humilde.

Clara aceptaba simplemente la invitación y suplicaba una fecha para su viaje. No se citaba en toda la carta á Mer, hijo.

—¿Piensa V. que esto sea lo más conveniente? preguntó Belton.

Su voz alterada no tenía su firmeza habitual.

—Yo creía que ésta era la opinión de V.

—Sí, es decir... no estoy seguro. ¿Supongo que no partirá V. ántes de ocho días?

—No.

—¿Y qué hará V. de aquí á entónces?

—¿Qué haré?

—Sí. ¿Dónde piensa V. estar?

—Pensaba, Belton, que me permitiría V. estar aquí.

—Ya sabe V. que esta casa es suya, y la juro que no hay en este ofrecimiento ningún pensamiento interesado.

—Tengo la mayor confianza en V., Belton.

Este se paseaba precipitadamente por la habitación, y ella, sentada cerca de la mesa, le miraba.

—Quisiera saber lo que le entristece, dijo.

Él no contestó, y prosiguió su paseo. Entónces ella se adelantó hácia él, y apoyando sus dos manos sobre su brazo, le dijo:

—Será mejor que me vaya, ¿no es esto?

Belton la miró inmóvil durante un segundo, y de repente la estrechó entre sus brazos. Su fuerza era tan grande y su acción tan rápida, que fué imposible á Clara desprenderse, hasta que él mismo, un segundo despues, la dejó libre. Clara permaneció un momento temblorosa, con las manos juntas y los ojos llenos de lágrimas; despues se arrojó en un diván, ocultó su rostro en los almohadones y se la oyó largo rato sollozar. En cuauto á Belton, recordó que ella le había dicho hácia un instante que confiaba completamente en él; y que él acababa de ofenderla mortalmente. Había destruido toda su confianza, pero no podía retirarse sin una excusa.

—¡Clara! dijo.

Ella no contestó.

—¡Clara! ¿No me permitirá V. al ménos pedirla perdón?

Ella continuó sollozando; en este momento, llorar sólo la era fácil.

—Tal vez haré mejor en dejar á V., dijo él.

—¡Oh, Belton! dijo al fin ella. ¿Por qué me trata usted así?

No había desprecio en su voz, sino una inmensa tristeza.

—Si me perdona V., Clara, no le volveré á ofender jamás, dijo Belton.

—Pero me ha ofendido V. ¿Y qué puedo yo hacer? ¿No tengo otro amigo en el mundo?

—¡Soy un miserable! exclamó Belton.

Pero ántes de que él se retirara, ella le predicó un sermón dulcísimo sobre el peligro de ceder á los primeros movimientos.

Y llegó la víspera del día designado para la marcha de Clara. Tenía ya ésta arreglados sus baules, y recorría toda la casa con una bujía, como para ver si había olvidado algo; pero, en realidad, para despedirse de cada uno de sus inolvidables rincones. Por fin bajó á buscar á su primo, le sirvió el té y le declaró que le restituía su casa.

—Sr. Belton, le dijo; hé aquí las llaves.

Las tomó sin hablar una palabra y las arrojó sobre un viejo diván, diciendo:

—Ya la he dicho que no considero mía esta propiedad.

—¿De quién es entónces?

—De V.

—No, Belton; sabe V. muy bien que no es mía.

—Pues yo quiero que lo sea, y debe V. guardar las llaves en sitio donde la sea fácil volver á hallarlas.

Se había dispuesto que Belton acompañaría á su prima á Londres, donde Mer la esperaba.

Clara se despidió de todos sus criados con cordiales apretones de manos, y poco ántes de partir aparecieron el coronel y su señora.

—El coronel, dijo ésta, no ha querido dejar de despedir á V.

—Tengo muchísimo gusto en poder estrechar su mano.

Y mientras Clara y el coronel cambiaban algunas palabras, Asker dijo aparte á Belton:

—No se desanime y no la abandone.

Belton contestó afirmativamente, porque estaba demasiado de acuerdo con su temperamento la conducta que se le aconsejaba.

El coche partió. Al dejar el pueblo miró Belton á su prima, y vió que tenía los ojos llenos de lágrimas. Se abstuvo, por consiguiente, de hablar.

Los viajeros encontraron á Mer á la puerta del hotel de la estación, donde ya estaban prevenidas las habitaciones correspondientes. El encuentro no ofreció nada desagradable á Belton.

Su afortunado rival tendió la mano á Clara, como hubiera podido hacerlo á cualquier otra mujer, y la propuso subir á ver su cuarto.

Una vez solos, hablaron de cosas indiferentes; pero Belton dejó vislumbrar tanta irritación en sus respuestas, que Mer se puso á leer un periódico. Belton tomó otro, y así permanecieron hasta que volvió Clara.

Esta intentó conversar, como si la situación fuera de las más sencillas, y Belton procuró tratar cortésmente á Mer; pero el esfuerzo era muy visible. No se habló apénas, y mientras se tomó el café, el ruido de las tazas hizo una ligera diversion.

—Si alguno de ustedes quiere fumar... dijo Clara.

Ninguno de los dos quiso fumar.

—¿A qué hora estaremos mañana en Mer Park?

—A las cuatro y media.

—¡Tan pronto!

¿De qué otra cosa podía hablarse? Belton no había tocado su café, y estaba tan inmóvil como una estatua. Clara empezaba á preocuparse de su actitud.

—¿Qué día volverá V. á Hall? le dijo.

—Mañana.

—Recuerdos á Maria. Deseo mucho conocerla.

—No la conocerá V. nunca, dijo Belton; y su voz era tan irritada, que Mer se volvió para mirarle.

—¿Cómo habrá V. de conocerla? continuó Belton. Ni V. irá nunca á Hall, ni ella saldrá nunca de su país.

—No encuentro ninguna de esas dos aserciones bastante fundada.

—Lo son, no obstante, demasiado. Si V. hubiera querido ir á Hall, estaría V. allí ahora.

No se lo había propuesto, habiendo decidido con su hermana que no era oportuno, y provocaba una cuestión porque no había ido.

—Mi madre deseaba vivamente que la señorita Fir la hiciera una visita en Mer Park, dijo el diputado.

—Pues ya puede estar satisfecha su madre.

—Vamos, Belton, es la última noche que pasamos juntos; no nos separemos riñendo, dijo Clara.

—Yo no tengo deseo de reñir con V.

—Y no supongo que quiera V. reñir conmigo tampoco, Sr. Belton, dijo Mer sonriendo.

—Estoy segura de que no, observó Clara.

—Sr. Mer, contestó Belton levantándose; hé aquí

mi prima Clara. La amo sobre todas las cosas del mundo; pero me dice que va á casarse con V., y ántes de marcharme tengo que advertirle que si alguna vez se conduce mal con ella, sea ó no su mujer, nos entenderemos. Buenas noches.

Y salió.

—Su primo parece ser un jóven poco agradable, dijo Mer á Clara cuando se quedaron solos.

—¿No puede V. comprenderle y perdonarle?

—Sí; le perdono sin dificultad, pero no me gustan las gentes que amenazan y se conducen de manera que uno se avergonzaria por ellas mismas, en presencia de personas extrañas. ¿Piensa V. que se haya conducido como caballero?

—Sé que es un caballero, dijo Clara.

—Confieso que no tengo otra razón para sospecharlo, más que el testimonio de V.

—Y espero que eso baste, Luis.

—Me parece, sin embargo, que el Sr. Belton ha faltado á todas las conveniencias al hablarme de usted en los términos que lo ha hecho, y me asombra, Clara, que V. no lo encuentre así.

—Sí, encuentro que ha hecho mal; pero no conozco una naturaleza más noble que la de mi primo Belton.

—¿Tan agradable ha sido á V. su declaración?

—Si pretende V. insultarme, le dejaré solo.

—Trato solamente de demostrar á V. que es demasiado benévola con él.

—Esta es una cuestión de apreciación; pero... estoy muy fatigada; buenas noches, Luis.

A la mañana siguiente, Clara recibió una carta de su primo.

«Sé que me he puesto en ridículo. Veo que esto me ocurre muy á menudo. Pero ¿á qué pedir perdón, si tal vez no nos volvamos á ver nunca?»

Clara se deshizo en llanto, pero la fué preciso en seguida enjugarse los ojos y bajar á reunirse con Mer. Salió éste á recibirla y la abrazó. Clara sintió una viva contrariedad, pensando tal vez que no llegaría á casarse con el hombre á quien creía amar y á quien realmente había amado en otro tiempo. Pero no había otro remedio que resignarse, y á decir verdad, su prometido no la ofreció otros muchos motivos semejantes de resignación.

XI

Cuando el coche entró en el parque, Mer dijo á Clara:

—Trate V. de agradar á mi madre.

Clara prometió hacer todo lo posible, pero sintió un vago temor hácia la señora Mer.

Si Mer hubiera traído á una duquesa, no tronada, su madre habría salido al vestíbulo; si Clara hubiera tenido quinientos mil francos de dote, la habría recibido á la puerta del salón. Pero como no tenía dinero ni título, Clara encontró á la señora Mer y á su hija haciendo labor.

—Cuánto gusto tenemos en ver á V., señorita, dijo la Mer tendiéndola los dedos.

—Muchísimo, dijo su hija con alguna más cordialidad.

Luis abrazó á su madre y hermana, pero no dijo ni una palabra para presentarles á Clara como su prometida.

—¿Quiere V. que la enseñe su habitación? dijo la señora Mer.

Cinco minutos despues, Clara reflexionaba sobre la recepción de que había sido objeto en la familia de su prometido, y pensaba de qué distinta manera hubiera sido acogida en Hall.

A las siete y media bajó sola á comer. Un criado la condujo al salón. No era éste el mismo en que había sido recibida el día ántes, y que al ménos tenía ese aspecto vivo que caracteriza las habitaciones en donde se está constantemente. Todos los muebles estaban en un sitio; todo era frío y solemne. Clara comprendió que se la trataba como á una persona extraña.

(Se continuará.)



LAS PRIMERAS CARICIAS

a
c
la
a
t
t
le
d
s
r
d

r
t
le

c
m
q
t
m

c
h
é
g
m
p
s
d
c

g
h
c
f
d
a
a

p
h
p
t
c
e
s
d
s
p
b
N
e
é
t
e
n
d
d

h
c
q
r
t
c
m

h

EN LA PATRIA DEL CID

Hojas de mi cartera de viaje.

TRES DIAS EN BURGOS

Breve espacio de tiempo para visitar una ciudad que las edades han convertido en museo, donde á cada paso se encuentra el viajero sorprendido ante la grandiosidad de tantos monumentos, joyas del arte unos, testimonio otros de extraordinarios acontecimientos; donde la fantasía parece descubrir por todas partes la sombra de tantos héroes tutelares de la vieja ciudad; donde se siente aún el grito de independencia y libertad que diera Fernán González, sostenido por sus sucesores y robustecido por los reyes de aquel estado, que, poderoso después, había de llevar su dominación y cultura á otros mundos.

Allí se vive una vida histórica, vida de grandes recuerdos, que llenan el alma de aquellos sentimientos heroicos y generosos que tanto abundaron en los leales y altivos caballeros castellanos.

Cuna de ilustres capitanes y soldados, de esclarecidos varones dignos de admiración por su patriotismo, por su ciencia y santidad; silla arzobispal en que han brillado gloriosísimos pastores, que á un tiempo eran el alma, la fuerza y el pensamiento dominante en los consejos de los soberanos.

Patria de la más esclarecida nobleza castellana, como lo prueban los mismos sitios que señalamos hoy como palenques de las hazañas de sus antiguos é ilustres hijos, los artísticos monumentos que erigieron, los pingües mayorazgos que fundaron, las memorias piadosas que instituyeron, las tradiciones populares que hasta nosotros han llegado, y grandísimo número de pueblos y heredamientos á que dieron sus propios nombres y que todavía son conocidos.

Pero sobre todos estos títulos de inmarcesible gloria, tiene Burgos el de ser la patria, el solar del héroe de los héroes, del hidalgo más caballero, del caudillo vencedor de reyes, que oscurece la colosal figura de un rey como D. Alfonso VI, el conquistador de Toledo, decidido protector de las ciencias y las artes, el rey de las tres religiones, el emperador de ambas lenguas.

El pueblo le hace su ídolo, acumulando en él las perfecciones en todos los órdenes de la vida, y el héroe de sus romances y leyendas, por ver en él la personificación, el emblema del valor y honor castellanos, siempre altivo y nunca servil con el prócer, y siempre generoso con el débil; porque el Cid es el caudillo que sin otros medios que la seguridad en su brazo y un puñado de aventureros que le seguían llenos de fe y entusiasmo, recorre toda España siendo el terror de la morisma, y por ser caballero de alta nobleza, casa sus hijas con el rey de Navarra y conde de Barcelona; porque cuando cae en la desgracia de su rey, en vez de volver contra él sus armas, como era costumbre en aquellos tiempos, ó retirarse á la vida privada, como sucede en los nuestros, lucha fuera de su país, emprende nuevas conquistas para su rey, le ofrece las llaves de Valencia y pone á sus piés los trofeos arrancados al enemigo.

Por esto el caballero, convertido por el pueblo en héroe legendario, gana batallas después de muerto, comparte su pan y su posada con los mendigos, que resultan ser santos del cielo, y su estatua derriba á un judío que quiso tocar su barba; echa por tierra de un puntapié el trono del rey de Francia en el Concilio de Roma, y cuando el Papa le excomulgó, él, postrándose:

«Absolvedme, dijo, Papa,
si no, serás mal contado.»

Y cuando Diego Iañez, su padre, se siente desbordado por el cor de Lezano

«y viendo que le fallescen
fuerzas para la venganza

.....
mandó llamar á sus hijos,

y sin decirles palabra,
les fué apretando uno á uno
las fidalgas tiernas palmas.»

Aquel muchacho, imberbe todavía,

«encarnizados los ojos
cual furioso tigre hircano,
con mucha furia y denuedo
le dice aquestas palabras:
—Soltedes, padre, en mal hora,
soltedes en hora mala,
que á no ser padre, no hiciera
satisfacción de palabras;
antes con la mano mesma
vos sacara las entrañas,
faciendo lugar el dedo
en vez de puñal ó daga.»

Episodio altamente dramático, lleno de heroísmo y energía, que si hoy le rechazan nuestras costumbres, está muy en armonía con la manera de pensar en aquella edad de hierro.

Ante tan asombrosas hazañas, la crítica moderna, que pretende nivelar á todos los hombres y á todos los héroes, ha producido algun historiador que empuñe el genio de la leyenda, como si la fantasía, la musa popular, fuera la razón fría del filósofo que, desmenuzando los hechos, estudia sus causas, analiza sus motivos y concibe la duda si encuentra algunos pormenores contradictorios. La musa popular, la fantasía, sigue distinto rumbo en sus manifestaciones; se siente deslumbrada por un personaje, por una cualidad dominante, por un hecho siempre histórico, y le desnuda de todas sus imperfecciones, le viste el ropaje de la imaginación, le coloca sobre el nivel de lo ordinario, y le idealiza: nada le importa que las cualidades que atribuye á un personaje puedan ó no darse reunidas, ni si son bien ó mal dirigidas, y sin que le preocupe si el hecho que canta y que celebra traspassa ó no los límites de la verdad histórica.

Aparte de esto, claro está que la colosal figura del Cid no necesita para descollar tener su base en la leyenda, sino que ésta es la prueba más clara de su extraordinario valor. Basta recordar las jornadas de Golpejar, en que, derrotado el ejército de D. Sancho por los leoneses, Rodrigo Díaz, que ya tenía fama entre los suyos de gran capitán, reanimó al monarca diciendo: «Aún es tiempo, señor, de recobrar lo perdido, porque los leoneses reposan confiados en nuestras tiendas; caigamos sobre ellos al despertar el alba, y nuestro triunfo será seguro.»

Escuchó Sancho el consejo de Rodrigo, y, en efecto, al rayar la aurora, cayó sobre los desprevenidos leoneses, muchos de los cuales fueron degollados y otros huyeron despavoridos; el mismo rey buscó un asilo en la iglesia de Santa María de Carrion, y de allí fué arrancado para ser conducido al castillo de Burgos.

Recordaremos también sus correrías en Aragón, rápidas y devastadoras como el rayo; sus campañas contra Sancho Ramírez de Aragón y Berenguer de Barcelona; los tributos que cobraba de diferentes príncipes y señores, sus conquistas en la Rioja, la parte que tuvo en la toma de Toledo, en el castillo de Aledo, en la excursión que con Alfonso VI hizo á Andalucía, y tantas otras proezas y hechos de armas que le immortalizan.

Penetremos en Santa Gadea y fijemos nuestra vista en una cruz de piedra que hay en la pared, vivo testimonio de la dura y violenta situación en que la arrogancia de un castellano, Rodrigo Díaz, colocaba á su rey, que había de humillarse á prestar juramento de su inocencia é inculpabilidad en la muerte de su hermano.

Refiere el obispo D. Prudencio Sandoval que en un tablado alto, para que todo el pueblo lo viese, se puso el Rey, y llegó Rodrigo Díaz á tomarle el juramento; abrió un Misal puesto sobre un altar, y el Rey puso sobre él las manos, y Rodrigo dijo así:

«Rey D. Alfonso, ¿vos venís á jurar por la muerte del rey D. Sancho, vuestro hermano, que si lo mataste ó fuistes en aconsejarlo, decid que sí, y si no, murais tal muerte cual murió el Rey vuestro hermano, y villanos os maten que no sean hidalgos, y

vengan de otra tierra que no sea castellana? El Rey y los caballeros respondían: amén. Por tercera vez repitióse el juramento, y añade el cronista que el Rey, enojado por Rodrigo Díaz, porque tanto le apretaba, le dijo: «Varón Rodrigo Díaz, ¿por qué me ahincas tanto que hoy me haces jurar, y mañana me besarás la mano?» Respondió el Cid: «Como me ficiere algo, que en otras tierras sueldo dan á los hidalgos, y así fareis vos á mí si me quisieredes por vuestro vasallo.» Mucho pesó al Rey esta libertad de Rodrigo, y jamás desde este día estuvo de veras en su gracia. Que los reyes ni superiores no quieren súbditos tan libres.

A título de españoles y de castellanos, debemos protestar contra la afirmación de Masdeu, español, erudito y amante de las glorias patrias, á veces con exageración, que confiesa «con la debida ingenuidad que de Rodrigo Díaz el Campeador (pues hubo otros castellanos con el mismo nombre y apellido) nada absolutamente sabemos con probabilidad, ni aún su mismo ser ó existencia.»

Por fortuna, los modernos estudios, especialmente de Memorias y manuscritos árabes, y su cotejo y confrontamiento con los documentos latinos y castellanos, permiten ver con claridad esta cuestión.

En nuestros archivos se encuentra el privilegio de Fernando I á los monjes de Sorbaon, cuando conquistó á Coimbra, primer instrumento público, que sepamos, firmado por el Cid; hállase, además, la firma del Cid en varios documentos del rey D. Sancho correspondientes á los años 1068, 1069, 1070 y 1072: como la escritura de donación de bienes á la iglesia de Oca, hecha por D. Sancho en 1068 y confirmada por el Cid, y tres santos, San Sisebuto, abad de Cardena; San García, abad de Arlanza, y Santo Domingo de Silos.

La donación hecha en 1074 de muchos bienes y la iglesia de Santa María del Campo de Gamonal al obispo Simón y sus sucesores por las infantas doña Urraca y doña Elvira, confirmada por el Cid, y San Sisebuto; su carta de arras para su contrato de matrimonio con doña Jimena en 1074; el fuero de Sepúlveda de 1076, y otros muchos documentos de la época, son pruebas evidentes de la existencia real y positiva de nuestro hidalgo castellano, superior al héroe de Roncesvalles, Roldán, el paladín de Carlo Magno, en quien se inspiran tantos cantares de gesta, porque éste cuenta con la gracia de su rey y dispone de sus ejércitos; superior al héroe de la epopeya griega, el iracundo Aquiles, el invulnerable, que no quiere luchar y pone su patria en peligro, porque Agamenon le había robado una cautiva, y necesita que muera su amigo Patroclo para volver á empuñar las armas; del héroe, en fin, á cuya estatua España entera debe servir de pedestal.

Así, no es de extrañar que Castilla, madre de tantos héroes, pero olvidadiza con sus hijos, haya hecho una excepción con el más predilecto, y le honre como á ningún otro.

No hay viajero que no visite el pequeño y bonito oratorio del Ayuntamiento para pagar merecido tributo de admiración y respeto á nuestro héroe, contemplando sus cenizas, que, con las de su esposa doña Jimena, estaban en San Pedro de Cardena, colocadas en una caja cuyo epitafio es la mejor apología del conquistador de Valencia, y que por lo curioso trascribimos:

«Cid Ruiz Díez só, que yazgo enterrado é venci al rey Bucar con treinta y seis reyes de paganos. Estos treinta y seis reyes, los veintidos murieron en el campo. Vencidos sobre Valencia, desque yo muerto encima de mi caballo. Con esto, son setenta y dos batallas que yo venci en el campo. Gané á Colada y á Tizona, por ende á Dios sea loado. Amén.»

El ilustre general Thibaut, en la guerra de la Independencia, pudo evitar que estos venerables restos fueran bárbaramente profanados por los soldados franceses, que, sin el menor átomo de cultura religiosa, militar y artística, quisieron convertirlos en blanco de sus tiros.

Este mismo general, haciéndoles los honores de generalísimo, los trasladó á Burgos, y fueron colo-

cados en un sarcófago, en que se leen las siguientes octavas:

Hunde la muerte con su ruda planta
de los tronos y reyes la altiveza,
que á tamaño poder, á fuerza tanta,
no hay blasones, ni orgullo, ni grandeza;
empero del olvido se levanta
pura, sublime, en su mayor alteza,
de los inclitos héroes la memoria,
á embellecer las hojas de la Historia.

Noble y leal, soldado y caballero,
Señor te apellidó la gente mora,
y tu nombre de Cid llevó tu acero
á los muros de Córdoba y Zamora.
Las márgenes del Turia placentero
reflejaron tu enseña vencedora,
y al par de tu Jimena, en este asiento,
hoy tu pueblo te erige un monumento.

Sin embargo, cuando despues de la primera é inevitable impresion que produce poner el pie en aquella tierra de héroes y legisladores; cuando la imaginacion, llena de entusiastas recuerdos, deja el sitio á la fria razon, y el viajero analiza el estado de aquellos monumentos y los compara con los de otras naciones, siente profunda pena é inconsolable amargura al fijarse en que el solar del Cid casi ha desaparecido ante la extension de las tapias del cementerio público; el pobre obelisco que mandó allí elevar Carlos III está medio derruido, y contempla la próxima puerta árabe por donde tantas veces entrara el Cid, abandonada, sucia y ruïnosa; el monasterio de Cardeña, con su claustro del siglo VI, sus mártires y los sepulcros de toda la familia del Cid, ignorado, inhabitable, cerrado y expuesto á todo género de profanaciones, y en que el mismo sarcófago en que reposan las cenizas del altivo castellano consiste en una sencilla urna de madera de no más valor que el ataúd de cualquier vulgar comerciante de nuestros días.

Entónces no pude ménos de acordarme de que estamos en Castilla, madre de todo género de grandezas olvidadas.

VALENTIN PICATOSTE.

AMOR Y DESAMOR

Si extasiado ¡mujer hechicera!
Tu rostro contemplo,
Donde irradian cual fulgidos astros
Tus ojos de fuego,
Encendida de amores mi alma
En dulce embeleso,
Me parece mirar en tu imágen
La imágen del cielo.

Mas penetro el arcano insondable
Que oculta tu pecho,
Do palpita ¡mujer detestable!
Tu instinto perverso;
Y del trono de mi alma descendes
Con rápido vuelo,
Para echar con mi amor tu grandeza,
Rodando en el suelo.

VICENTE PUERTA.

UN CRIMEN

La noche era fría y serena.
En el cielo oscuro brillaban con luz intensa esos mundos viajeros, estrellas de la noche que parecen vigilar como los ojos de Argos la marcha de la luna tranquila y solemne.

Las calles estaban desiertas, las puertas cerradas. Ni se oía el paso firme del hombre malo que trasnocha, ni el golpe del chuzo del sereno que vigila. Ni había en la acera rondadores, ni acechaban

las mujeres comprometidas detrás de las persianas. En los balcones ni un bulto blanco, y ni un bulto negro en la esquina.

Dormía toda la ciudad. Si álguien era feliz, lo era en silencio; si álguien era criminal, lo era en la sombra.

El viento agitaba las ramas de los árboles como si agitara las cuerdas de un arpa, y producía un sonido agudo, monótono y constante.

En aquella soledad había algo que llegaba al alma; en aquella noche el corazon agitado parecía comunicarse al exterior y se dilataba en placenteras expansiones.

Pero una sombra velaba el pensamiento. Una nube que en las confusiones del mundo cada vez aparece más densa, y en las tristezas del espíritu cada día mantiene más fijo el recuerdo de la muerte. Esa nube que se llama melancolia.

Cierta misteriosa delectacion en el silencio retrasaba mi vuelta al hogar y contenía mi marcha, cada momento más perezosa.

De pronto llegó hasta mí algo que era como lamento y música, cantar y queja, nota de armonía incomparable, sentida, virginal.

Y escuché de los labios de una mujer... de una mujer, porque la voz era débil, amorosa y lastimera:

*¡Tú me enseñaste á querer;
no me enseñes á olvidar,
que no lo quiero aprender!*

Pocos momentos despues una pareja de guardias salió de una calleja estrecha y miserable, llevando una camilla al Hospital.

En la camilla iba una criatura sin sentido, quizá desmayada, quizá muerta. Y quizá muerta de amor, y quizá muerta de hambre.

Todo se acaba pronto en este mundo, hasta la curiosidad. Y en la sala del Hospital vi á la mujer sobre un lecho de tablas.

Tenía la faz demacrada, los labios pálidos, la frente más pálida todavía, y los cabellos desordenados, rubios, pero sin brillo; los piés heridos y desnudos, y las manos hinchadas. La ropa que cubría el cuerpo de la infeliz estaba gastada, raída, harapienta.

El médico se dispuso á despertar la vida en aquel organismo inerte. El ayudante agitó y removió á la enferma; un aprendiz de la farmacia aplicó á las narices de la mujer medicinas de un olor insoponible, y el jefe de guardia, el doctor que dirigía aquellas operaciones, levantó los párpados de la paciente, y sus ojos sin luz, y sus pupilas sin mirada infundían misericordia y repulsión á un tiempo.

En estos oficios y en otros experimentos se pasó una hora. Por fin, la mujer que ántes parecía muerta, parecía ahora resucitar á fuerza de sales, frotaciones y atrevimientos. Amaneció la vida en aquellos ojos tristes, grandes y azules; recobró la enferma expresion y movimiento, y á los reflejos de una luz con reverbero colgada en la pared, la desdichada criatura ¡era joven! suspiró con angustia y miró á cuantos la rodeaban con agradecimiento.

El médico le preguntó qué le dolía.
—¡Todo! contestó la desgraciada.
—¡Hasta el alma! le dije yo al médico.
El practicante le ofreció una taza de caldo.
Y un cura que se presentó en la sala por si la cosa iba deprisa, recetó á la mujer unas oraciones que hacían milagros.

La paciente bebió el caldo, y le tomaron el pulso, y le oprimieron la frente, y le reconocieron el pecho, la espalda y el corazon.

El médico murmuró en voz baja con acento convencido y mirada inteligente:
—No se morirá esta noche, pero se morirá muy pronto.

Cuando acabó el reconocimiento, me acerqué á la enferma y la pregunté con temor:

—¿Dónde sufrió usted el síncope?
—En un portal.
—¿Y que hacia usted allí?
—Cantar... y pedir limosna.
—Recuerdo una copla muy sentida...

—Me la enseñó mi novio. Un señorito que era mi novio.

—¿Y dónde está su novio de usted?

—No lo sé; ¡ay! hace ya mucho tiempo que no lo sé.

La dejamos sola por consejo del médico.
Y me dije saliendo del Hospital y pensando en aquella moribunda:

Ser pobre es una torpeza.

Ser pobre y ser mujer, una desdicha.

Ser pobre, ser mujer, y ser bonita, un crimen.

¡Un crimen... en el que jamás se descubre al criminal!

CONRADO SOLSONA.

ESPECTÁCULOS

Siguen las presentaciones.

Como si dijéramos: tengo el honor de presentar á ustedes á Cecilia Delgado.

Van ustedes á decirme que ya la conocen, y á fe que se equivocan; porque cada vez que esta artista reaparece en la escena, vuelve más hermosa.

Los empresarios luchan en inventiva con los autores, y los vencen; los cuadros de compañía ofrecen más sorpresas que una comedia de enredo, y, en una palabra, donde ménos se piensa, salta la satisfacción del público.

Esto nos hace pensar la reaparicion de Cecilia Delgado en el teatro Apolo, que, fiado á la direccion artistica del primer actor Sr. Morales, ha fijado á un público numeroso y escogido.

Eloisa Gorritz y Julian Romea han rejuvenecido el teatro de la Comedia, moral y físicamente.

Un tercero en discordia ha sido la primera obra puesta en escena, por cierto con la propiedad y el buen gusto propios del director, y con tal arte, que no cabe pedir más.

Aquí el calendario no reza la Aparicion de la primera dama, sino la Exaltacion de los abonados.

Abi está Eloisa, que no me dejará mentir.

Mario no se presenta todavía.

Para mediados de Noviembre se dice que abrirá sus puertas el teatro de la Princesa, si para entónces se ha encontrado un cuadro de artistas que satisfaga las exigencias del empresario y las del teatro.

En cuanto al público de la Princesa, no tiene exigencias. Si le dan el local bien iluminado y las comedias bien francesas, ¿para qué quiere más?

En la Alhambra continúan los triunfos de Luisa Fons y de la señora Kottas.

Esta última ha cantado en la ópera *Ernani*, consiguiendo justísimos aplausos.

El Sr. Blanchard cantó en la misma ópera como él sabe hacerlo, y la ovacion fué merecida.

Verdaguer y Valletti, muy bien.

Fiacro Iráyoz ha sido llamado á la escena en Lara, despues del estreno de *Diente por diente*.

Es un juguete muy bien versificado, y sembrado profusamente de chistes de buena ley.

Como éste, y aún mejores, puede hacer muchos el Sr. Iráyoz, á quien damos la más cumplida enhorabuena.

Los artistas que tomaron parte en la ejecucion de la obra, lo hicieron como en el teatro Lara se acostumbra.

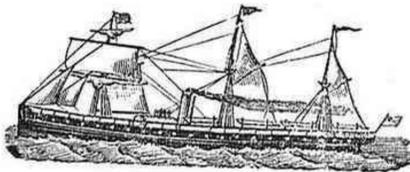
Pocos teatros habrá donde, como en Lara, respiren fácilmente los autores en los estrenos de sus obras.

La Zarzuela empieza con *La Tempestad*.
Una tempestad de aplausos para Ramos Carrion y Chapi.

CANTACLARO.

ANUNCIOS

Servicios de la Compañía



Trasatlántica de Barcelona.

VAPORES-CORREOS A PUERTO-RICO Y HABANA

Con escalas y extensión á Las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico

Salidas trimensuales: de Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes, para Las Palmas, Puerto-Rico y Habana.

Santander, el 20, y Coruña, el 21, para Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30, para Puerto-Rico, con extensión á Magagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y Puertos del Pacífico, hácia Norte y Sur del Istmo.

VIAJES DEL MES DE SETIEMBRE

El 10, de Cádiz, el vapor **España**; el 20, de Santander, el vapor **Ciudad de Cádiz**; y el 30, de Cádiz,

VAPORES-CORREOS A MANILA

Con escalas en Port-Said, Aden y Singapoore, y servicio á Iloilo y Cebú.

Salidas mensuales: de Liverpool, el 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor **Isla de Paray** saldrá de Barcelona el 1.º de Octubre de 1886.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes, en **Barcelona**, la *Compañía Trasatlántica*, y Sres. Ripoll y C.ª, plaza Palacio.—**Cádiz**, Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—**Madrid**, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.—**Liverpool**, Sres. Larrinaga y C.ª.—**Santander**, Angel B. Perez y C.ª.—**Coruña**, D. E. da Guarda.—**Vigo**, D. R. Carreras Irigorri.—**Cartagena**, Bosch hermanos.—**Valencia**, Dart y C.ª.—**Manila**, Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

CHIFLADURAS

SOBRE LA NAVEGACION AEREA

POR D. J. F. MARIN

Este original folleto se vende al precio de dos pesetas en las principales librerías, y para los suscritores de LA ILUSTRACION NACIONAL al de una peseta, en la Administración del periódico, Almirante, 2 quintuplicado, bajo.

La Amuebladora.

EMPRESA MOBILIARIA

117, Calle Mayor, 117.

(Al lado del Gobierno.)

En esta Casa se encuentran cuantos muebles son necesarios para amueblar habitaciones ya sean modestas ó de lujo.

Habiendo montado á vapor toda la maquinaria necesaria para la construcción de muebles, podemos vender más barato que nadie.

Hoy tenemos un inmenso surtido de todas formas y estilos. Exportación á provincias.

SILLA NOVEDAD

de rejilla, á 38 rs.; otras clases muy sólidas, á 26 y 30. Ninguna otra casa que *La Amuebladora* puede hoy presentar 50 modelos de sillas y mecedoras de las mejores fábricas de Viena y de la nuestra, siendo los precios tan económicos, que no tenemos la competencia.

Calle Mayor, 117.

DICCIONARIO BIOGRAFICO

Geográfico, estadístico y de la lengua española, por Enrique Jaramillo y Requena, en colaboración de reputados y distinguidos escritores

Esta notable obra, en la cual se comprenden las biografías de los hombres que se distinguen ó se han distinguido en cualquiera de los ramos del humano saber, la Geografía universal, la Estadística de la mayor parte del mundo, y el diccionario de la lengua española, ajustado á la última innovación hecha por la Academia, está publicándose en cuadernos de ocho grandes páginas, en folio, que contienen abundantísima lectura.

El precio de cada uno es el de 25 céntimos de peseta en Madrid, 30 en provincias y 35 en Ultramar y Extranjero.

Se suscribe en Madrid, en la Administración del periódico *El Crédito Público*, Lope de Vega, 16 y 18, bajo derecha.



COMPANIA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES. GRAN MEDALLA DE ORO

Y LA CRUZ DE LA LEGION DE HONOR PARA SU DIRECTOR

En la Exposición de Paris de 1888.

CHOCOLATES SUPERIORES

ACREDITADOS CAFÉS

BOMBONES DE CREMA Y PRALINE

Depósito general: MAYOR, 18 y 20.—Sucursal, MONTERA, 8, Madrid.

GRAN BAZAR

DE

ROPAS HECHAS DE MILITAR

Único en España.

También se confeccionan á medida toda clase de prendas en veinticuatro horas.—Equipos completos para las Academias, se remiten á provincias.

MORENO

Carrera de San Francisco, 11, Madrid.

POLVOS VEGETALES

CURA RADICAL EN 6 DOSIS

DE TODA CLASE DE

FIEBRES INTERMITENTES

Y PALÚDICAS

aunque inveteradas y rebeldes á la acción de la quinina y á los compuestos febrífugos usuales,

certificada por experimentos hechos por el ilustre Sr. Profesor B. ROBERT, Presidente de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, A. MORIGGIA, A. RIVA, A. J. MODERNO, Catedráticos de las Reales Universidades de Barcelona, Roma, Perugia, Edimburgo, y en los Hospitales de Milán, Nápoles, Pavia, Brescia, Sassari, Varese, Adria, etc., etc., y por Médicos del Comité de Sanidad Militar en Roma, y otras celebridades médicas.

Dirigiéndose á **JOSE GUGLIELMI**, en Barcelona,

enviará GRATIS el Opúsculo con los certificados expresados, que van también en cada cajita de 6 dosis.

Se vende en todas las principales farmacias.

Guglielmi.

GRAN COMERCIO

DE

SASTRERIA

DE

ANDRES SOLERO CRESPO

Especialidad en togas, uniformes militares y civiles; condecoraciones de todas clases; todo lo perteneciente al profesorado y magistratura, como son birretes, vuelillos y mucetas.

MADRID

4, PRECIADOS, 4

A PAGAR EN UN AÑO

Muebles, desde el más modesto hasta el de más lujo, 15 por 100 de rebaja al contado.—Catálogos gratis.

ISABEL LA CATÓLICA, 4

A. Romero A.

Capellanes, 10.

Gran almacén de música, pianos, órganos y demás instrumentos de salón. Salón de conciertos. Obras musicales en todos los ramos del arte.

Pianos de las más renombradas fábricas de Europa. Único depósito en España de los célebres *Steinweg*, inmejorables por su sonoridad y resistencia.

Se remite gratis el catálogo ilustrado.

MADRID

TINTURA SIN IGUAL

DEL Dr. BERNET DE BAYONA

Es la mejor tintura progresiva que se conoce. Considérese ilegítima toda la que no lleve en la caja exterior y prospecto la siguiente dirección: Depósito único por mayor y menor en España:

PERFUMERÍA FRERA

1, Cármen, 1, Madrid.

HORA FIJA

Por 2,50 pesetas semanales relojes de todas clases. Se hacen composuras garantizadas.

Gran relojería de J. G. Herreros.

43, CONCEPCION JERÓNIMA, 43
MADRID

SOBRE CUBIERTA

Dice un refran que «en boca cerrada no entran moscas.»

Hay circunstancias en las que el mejor partido (no político) es el partido del silencio.

La mayoría del país se registra por dentro, y pocos son los españoles que se encuentran definidos.

Han empezado las aguas de otoño y los motines.

Me felicito de lo primero, porque, en opinion de un mi amigo, que tiene granos, la lluvia era necesaria para el campo.

Lamento lo segundo, por las víctimas que ocasionan esas luchas fratricidas.

Los teatros de invierno empiezan ya.

La Bolsa se defiende.

Lo celebro, porque me encuentro cargado de papel, y particularmente de cuartillas, y aún cargado de escribir en ellas.

De toros andamos tal cual.

Raro es el día que no se solemniza en alguna provincia con una corrida de toros.

Si no fuera por los cuernos, ¿cómo habrían de vivir sinnúmero de personas apreciables?

La fiesta nacional proporciona elementos de vida á suficiente número de sujetos; y aunque no fuera por otra causa, esta sería razon suficiente para defender el espectáculo nacional.

¡Así pudieran defenderse otros espectáculos, también nacionales!

A la carencia de noticias y de movimiento que lamentaban algunos periódicos, ha sucedido la exuberancia de asuntos y de acontecimientos.

— Yo había proyectado ya una revolución arreglada á la escena española, á falta de alguna verdadera, me decía el corresponsal de un periódico francés.

— Alabo la frescura, repliqué.

— Nosotros nunca decimos en nuestros periódicos que escasean las noticias; cuando no las hay, las inventamos: estos sucesos de Madrid me han inutilizado una novela revolucionaria interesantísima, con sus episodios dramáticos y sus toques flamencos, de efecto en París.

La noticia es la vida del periodismo: suprimida esa seccion, no hay interés posible.

La curiosidad pública es insaciable. Particularmente en los asuntos trágicos.

Sujetos hay que pagarían cuanto les pidieran por ser los primeros en conocer las noticias con todos los pormenores, y aún doblarían la paga porque las acompañaran los retratos de víctimas y matadores.

Tiene encantos irresistibles para la muchedumbre cuanto se relaciona con un acontecimiento trágico.

Hay quien estudia, no ya lee, y aprende de memoria cuanto lee en los periódicos, referente á una desgracia horrible, ó á un crimen espantoso.

Si hay muerto y pueden ver al muerto, no pierden ocasion ni omiten sacrificio para conseguirlo.

Si hay reo, se aporrean por llegar á verle desde la primera fila.

— ¿Ha visto usted el crimen de Nueva Orleans?

— Hombre, nunca he estado allí.

— Bien; pero ¿ha leído usted la noticia en los periódicos?

— No, señor.

— Pues, nada... esto.

Y relata fielmente, y á las veces con excesiva riqueza de pormenores, lo acaecido en Nueva Orleans.

Al día siguiente pregunta:

— ¿Se ha sabido algo nuevo del crimen de Nueva Orleans?

— Yo no he tenido carta ni telegrama de los actores del drama.

Priven ustedes de tan interesante seccion á los periódicos diarios, y se quedarán sin un lector de los aficionados á emociones fuertes.

Nadie puede calcular, más que los aficionados al género, la satisfacción y el asombro que produce la lectura en un periódico, de cualquier suceso en que ha intervenido el lector.

— Esos periodistas lo saben todo. ¿Cómo se arreglarán para entrar en todas partes? Figúrese usted que ayer me robaron el portamonedas con tres perros chicos, saliendo de un establecimiento en la calle de... Pues hoy lo dice el periódico.

— ¡Qué atrocidad!

— Lo saben todo.

— ¿Pero «por quién sabrán eso?»

— ¡Quién sabe! Tal vez por los mismos perros chicos.

Afortunadamente para esos aficionados á emociones, y desgraciadamente para los demás, ahora no es necesario rebuscar para hallar asuntos graves.

Se ofrecen suficientes.

EDUARDO DE PALACIO.

VARIEDADES

— ¿Por qué ha venido usted á establecerse en Madrid? ¡Abandonar un lugar de aires tan puros!

— Sí, señor, muy puros. Si hubiera podido mantenerme del aire, no me muevo del pueblo ni á tres tirones.

— Estoy hablando para la posteridad, decía un orador muy pesado.

— Sí, le respondieron, y parece que se ha propuesto usted esperar aquí al auditorio para quien está usted pronunciando ese discurso.

CHARADAS

Uno los piés del altar,
dos la Virgen del Consuelo,
ferviente *tercera cuarta*
dirige Petra al Eterno,
porque le devuelva un *todo*
que le ha birlado un ratero.

Estoy por tirarme al *prima*,
y *dos sé* que me sujeta;
pues se me ha perdido un *todo*
de rico paño de Béjar.

¡Valiente *todo, dos prima!*
¡Buen cólico te amenaza,
si tu estómago, más cuerdo
lo que estorba no *tres cuartal*

R. DE M.

Solución á las del número anterior:
ALEMAN. — SALAMINA. — TERREMOTO.

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis, Madrid.

LA ILUSTRACION NACIONAL

REVISTA DE 16 PAGINAS Y SUPLEMENTOS CON MAGNÍFICOS GRABADOS

Ciencias.— Artes.— Industria.— Literatura.— Música.— Teatros.— Modas.

PRECIOS DE SUSCRICION

Trimestre.. . . .	4 pesetas 50 cénts.
Semestre.	9 » »
Un año.	18 » »

Los pedidos pueden dirigirse á la Administracion en Madrid. CALLE DEL ALMIRANTE, 2, QUINTUPLICADO.